

CARLOS BOUSOÑO



POESIAS COMPLETAS

PRIMAVERA DE LA MUERTE

ORFEO

II



Ediciones Giner

POESIAS COMPLETAS

PRIMAVERA DE LA MUERTE

COLECCIÓN *ORFEO*

PUBLICADOS : Poesías completas (1937-57) de VICENTE GAOS.

EN PRENSA : Poesías reunidas (hasta 1960), JOSÉ MARÍA VAL-
VERDE.

Seguirán volúmenes de poesías completas de JOSÉ HIERRO,
RAFAEL MORALES, GABRIEL CELAYA, etc.

CARLOS BOUSOÑO

POESIAS COMPLETAS

PRIMAVERA DE LA MUERTE

Encuentro de VICENTE ALEIXANDRE

ORFEO

II



Ediciones Giner

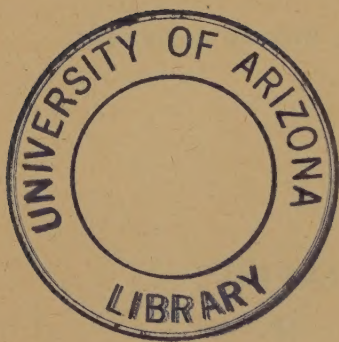
Fotografía portada: LAGOS

Volumen II de la Colección ORFEO

EDICIONES GINER

Cuesta de Santo Domingo, 11, 1.º

Madrid, 1960



© ES PROPIEDAD

Núm. de Registro 1925-60

Depósito Legal: M. 12638-1960

861.591

B777

1960

ENCUENTRO
DE
VICENTE ALEIXANDRE

21/02/9

CARLOS BOUSOÑO SUEÑA EL TIEMPO

I

Una voz desconocida por teléfono. Y yo contestando: «¿Qué le ha dicho nuestro amigo, que si puedo recibirle a usted?» Yo le daba las señas: «Por la Avenida de la Moncloa... ¿No ha estado usted nunca en Madrid...? ¿Que viene usted de Oviedo con unos compañeros...?»

Llegó al día siguiente. Cinco minutos antes de la hora. Abrí la puerta de la habitación donde aguardaba. Un rostro alargado, cruzado horizontalmente por una sonrisa tensa. Una figura tan sucinta como el tronco de un arbolillo sin ramas en el seno de un viento que lo agitate. Por los cortos pelos rizados, o más bien erizados, se desprendía, sin duda, un flúido continuo. Un manojito de vibraciones era lo que se sentó obligadamente en el silloncito. Lo que, doblado, parecía que se preparase a saltar, por resorte, para ir a clavarse en el techo o salir proyectado aéreamente por la ventana.

Tenía dieciocho años. Como si la figura hubiese crecido de pronto, mucho más que impaciente. Dos días y ya está: dieciocho años. Y, sin embargo...

Carlos Bousoño es el único caso que he conocido de un poeta que, habiendo nacido hacia 1923, ha sido un muchacho contemporáneo de la madurez de Campoamor y de Zorrilla. En su pueblo, sin noticia alguna de la poesía, a los trece años

abrió la pequeña biblioteca de su difunto tío abuelo, y allí estaban los libros de esos dos poetas, y de ningún poeta más. ¿Qué cantidad de candor, de sueño de la realidad, hacen falta para que ocurra lo que sucedió? Leyó esos libros, y como un muchachillo de 1870, despertó a la poesía... de 1870. Empezó a escribir versos. Doloras. Leyendas. Humoradas. Un niño que abriera literalmente los ojos en la revolución de 1868 y se sintiera llamado a la poesía por virtud de la poesía de «su tiempo». Existen esos poemas, se conservan; se imprimieron por devoción familiar, sin saberlo el poeta, en Méjico. Yo he visto el librito.

Pero el poeta contemporáneo de Zorrilla y Campoamor, que escribió largamente, el niño del reinado de Amadeo de Saboya, pasó de pronto, sin transición, a ser el muchacho coetáneo del modernismo de treinta años después. En aquel increíble aislamiento poético (nadie sabía nada, nadie le ayudaba) cayó del techo —como por alguna claraboya— un libro de Rubén Darío. ¡Descubrimiento sensacional! Bousoño tenía quince años. Era en 1939. Pero no: Bousoño es el muchacho que, dormido por algún hada en 1872, despertase mágicamente en 1901, se pusiese de pie y allí se encontrase de nuevo a la poesía, ahora por la mano de un joven y atrevido maestro contemporáneo renovador. Bousoño escribe afanosamente versos en ese ámbito, en la ignorancia normal de la poesía que se ha hecho en España desde 1901. Machado, Lorca, Guillén, Alonso, Cernuda..., como los demás, pertenecen a la noche inescrutable del futuro. No han publicado un solo libro. Bousoño va trazando unos poemas que, reunidos, podrían formar un grueso volumen, y que hoy se leen y son la obra de un joven «moderno» de 1901. Dos años más tarde (estamos en el real 1941), Bousoño conoce el primer volumen de Machado, de Salinas, de Diego, de Alberti... Hasta los de su edad. Una inundación. Bousoño tenía diecisiete años y abría otra vez los ojos: ahora en su tiempo.

En cinco años había sido con fervor absorto el poeta inci-

piente de la primera República, el adolescente de la época rubeniana, el joven de la postguerra española. Sí, el impaciente, el agitado soñador de la realidad en cinco años había vivido, realizándolo en sí con autenticidad absoluta y aislada, el presente sucesivo de setenta años de poesía. Todo pasado por el cuerpo y el alma del que, solo y desconocedor, había tenido que ser, con biológica naturalidad, primero su abuelo, luego su padre, por fin él mismo.

Y ahora, en 1942, aquí estaba, en este instante, el joven de su tiempo real, mostrando sus primeros versos que yo me atrevería a llamar reales.

Yo le miraba con curiosidad. Sentado en el borde de la silla, me consultaba como se consultaría un oráculo. De seguro yo no era el primero, ni el único. Intranquilo, como si el arúspice tuviese en su mano el enigmático decreto del hado, creo no hubiese sentido extrañeza si un ave surgiendo de entre los papeles hubiera sido la encargada de desvelar el futuro con su vuelo significante. Aquel muchacho impaciente que soñó el tiempo estaba preparado para no asombrarse por nada.

Y no importaba la persona del sacerdote, sino el oficio sagrado que le investía. Pocas veces he observado de cerca tanta confianza en el radio de poder de la poesía como oyendo, aquel día ya lejano, a un joven aprendiz de la poesía o reino de la esperanza.

Nació en Boal, Asturias, pero se crió a ráfagas por las calles de Oviedo, jugando en instantes de libertad urbana, muy poco urbana, por otra parte. Aquella infancia, que vivió asombrosamente la irrealidad de lo real, consistió sobre todo en burlar a la vieja y enérgica tía abuela con quien vivía (la vieja que todos hemos encontrado en los cuentos de niños), cancerbero increíble de las continuamente abatidas prisiones. Como un jugueteón y abrupto afluente, Carlitos irrumpía cada mañana en el río de la calle con alboroto y espuma. Se arrojó —como quien vuela— con los otros chiquillos sobre los trenes desde las barandas del puente sobre la vía; burló, hecho vien-

to, sin billete, a los argos vigilantes de la entrada de los cines; tomó partido, atravesándose, en las batallas de los chicuelos en el Campo de San Francisco... Era el escapado cada día, frenético de un sueño de realidad, sonámbulo de la casi divina verdad desde la sombra incorpórea de la prisión doméstica. Y crecía impaciente, con avidez, bebiendo la furia del querer inmediato a cada rompimiento, esperando con sonambúlica fe la vida entera de cada minuto de plenitud, como de un trago que la abarcase.

Entró así en la poesía el que sería luego ejemplo de lucidez. Así viajó a través del tiempo desde donde su azarosa aventura le permitió poner pie, viajero sin decepción hacia el reino de la esperanza. Así abrió los ojos a su propia época, después de haber contemplado desde dentro, como en sueños, el largo itinerario incansable. De este modo se apeó en la última estación, con la sonrisa interrogativa y las pupilas brillantes, lleno de humildad, pero como si acabase de abrir los ojos desde el sueño de la maravilla. Como el niño olvida el sueño al despertar por la mañana, así el aprendiz de la esperanza olvidaba sus setenta años de experiencia. No, el sueño no es experiencia. Todo iba a empezar...

II

Muchos años después visitaba yo con Carlos Bousoño, una tarde, algunas playas de la isla de Mallorca. Los demás amigos habían preferido ir a Sóller y Valldemosa, que yo ya conocía. ¿Fué la última playa Paguera? ¿Quizá Camp de Mar? ¿Otra diferente? Sé que era en el sudoeste de la isla y ya en hora avanzada del oscurecer. Tres o cuatro habían sido las ensenadas y calas recorridas. Durante la tarde, cantidades

apreciables de turistas se abigarraban en las arenas, poniendo cierta turbiedad improvisada y parásita sobre la belleza casi fulmínea del blancor atravesado por el azul. El Cantábrico es golpeador, pero el mar Mediterráneo, casi inmóvil, habitáculo de la luz, concentra aquí sus fuerzas todas para hacer emerger desde el fondo rocoso este prodigio casi festival de la isla maravillosa. Ella está constantemente naciendo a los ojos del contemplador, y todo el festón de espumas que la rodea parece la súbita alteración de la majestad del abismo azul para dar paso a la soberana hermosura. Emergida parcela, inmóvil y desvariante en el piélago rumoroso. Eso parece Mallorca: una inmensa flor abierta en piedra y arena en el cáliz del mar.

Finalizaba el breve recorrido costero. Entre tanta belleza poblada por los atraídos múltiples, cuando apenas se veía, arribamos al fin a una retirada playita pequeña. Era ya casi de noche; descendimos Carlos y yo del vehículo y echamos a andar despacio. Entrábamos por un costado de la ensenada. Arena fina, el mar casi dormido... Apenas un aliento invisible. Pisábamos la arena silenciosa y respirábamos en un aire extinto de luz. El resto de la luz, si algo era, era un gris suave, cernido, suspenso. Al fondo inmediato se presentía, en su desdibujo, un sorprendido bosquecillo de pinos mediterráneos. ¡Qué soledad irreal! Los troncos esbeltos parecían temblar en la semioscuridad como si se reflejasen en un agua muy tenue. Las copas eran apenas ya masa de humo, masa de sueño. Toda la materia, en aquella luz sin cuerpo —ido el sol, ida su memoria—, semejaba soplada en polvo fino y último por unos labios que la repartiesen. Carlos, apurado, disuelto en la casi noche suspensa, alargó un brazo, la sospecha de un brazo, señalando algo. El último átomo de luz se fundió y la masa total de la noche anegó el postrer vagido de la realidad. Yo estaba solo.

Moviéndome en lo oscuro, allí junto al mar (¿existía tampoco el mar?), adelanté como pude hacia el camino. En la densísima sombra hallé al fin el carricoche que nos había

traído. Abrí la portezuela. Allí dentro, dormido, estaba el poeta.

«Perdón --le oí decir— por no haberme apeado para visitar esta última playa. Me entró de repente un gran cansancio y me quedé dormido. ¿Es bella la ensenada? ¿Valía la pena pasear por ella? ¿Estaba también llena de gente?»

El coche arrancó. A lo lejos, Palma de Mallorca había encendido sus primeras luces.

INTRODUCCION DEL AUTOR

Se me ha brindado la oportunidad de reunir en un tomo toda mi poesía, con la sola exclusión de lo rigurosamente inédito, y el editor desea que yo escriba unas palabras a modo de introducción a mis versos. Nunca me ha apetecido hablar de mi propia obra, pero al parecer, ahora no tengo más remedio que intentarlo. Después de todo, hay ciertamente cosas que sólo el autor puede decir sobre su trabajo, por la simple razón de ser únicamente él quien las conoce. Por lo pronto, sus intenciones, muchas veces fallidas y por ello indeterminables por el lector o el crítico; a veces por menores o circunstancias imposibles de reconstruir; y, en fin, todos aquellos aspectos que, como los anteriores, no exceden los límites de lo puramente personal; entre otros, claro es, la visión que el poeta tenga de su tarea literaria.

Publicar unas «Poesías completas» un poeta que anda tan lejos de haber «completado» su labor puede parecer un gesto petulante. Empezaré por afirmar, a fuer de sincero, que en mí es más fuerte la impresión de estar empezando como poeta que la de tener ya en mi hacienda algo que justifique una publicación como la presente. Siempre he puesto más ilusión en los versos que me proponía escribir que en aquellos otros que había escrito ya. Y por eso, al imprimir un volumen como éste no me guía otro propósito sino el de poner a disposición de quien los desee unos libros que hace tiempo han dejado de ser asequibles en las librerías.

El subtítulo con que este tomo sale a luz tal vez desconcierte un poco a las personas que hayan leído mi segundo libro, aquí incluído, homónimo del actual. No quisiera que esa reincidencia en la nomenclatura equivocase al lector sobre mis intenciones. Se da el caso, quizás no completamente azaroso, aunque tampoco deliberado, de que cada uno de mis libros ha sido bautizado con el nombre de uno de sus poemas. En *Subida al Amor* hay, en efecto, un poema así titulado; y algo paralelo ocurre en *Primavera de la Muerte*, en *Noche del Sentido* y en *Invasión de la Realidad*, donde también hallamos sendas composiciones de idéntica titulación. Ahora vuelvo a incurrir en el mismo método, puesto que llamo de manera general *Primavera de la Muerte* al conjunto de todos mis libros, entre los que cuenta sólo como una unidad el así específicamente denominado. Todo ello no es arbitrario y menos aún manía de ordenación geométrica. Lo que a mi parecer ocurre es que en mis versos hay quizá una intuición primaria que late más o menos explícitamente en cada uno de mis trabajos poéticos, pero que aparece con especial relevancia o intensidad en un poema, o en un libro. De este hecho me di cuenta muy tardíamente, lo confieso, porque yo, que por deber profesional y también por afición, tantos análisis he hecho por escrito y oralmente de la poesía ajena, nunca tuve la curiosidad de examinar los entresijos de los versos propios. Pero la cosa cobró, al parecer, tanto bulto en *Noche del Sentido* y en *Invasión de la Realidad* que, al fin, por sí misma se me hizo presente en el plano de la conciencia. Y como resulta que esa radical impresión frente al mundo puede sintetizarse en la expresión que encabeza el presente volumen, me pareció honrado y justo usarla como subtítulo genérico de los poemas que aquí se juntan.

De todas las dimensiones de lo real he sido siempre especialmente sensible a una de ellas: la temporalidad. Y creo que el verdadero protagonista de mi poesía, unas veces embozado y otras no, es el tiempo, o mejor, la sensación de exis-

tencia precaria que la realidad posee. En ese sentido, el mundo, y sobre todo, el mundo humano, es para mí, aproximadamente, «la nada siendo». Utilizo a propósito esta fórmula, ya tópica y gastada en cierta jerga filosófica de los últimos decenios, pese a no ser la que con mayor exactitud capta la intuición depositada, como dije, en mis versos. Pues esa fórmula no expresa todo el valor, la positividad que mi poesía atribuye a ese «siendo» de las cosas, al ser de la realidad. Si se me permitiesen confesiones íntimas, diría que mi más honda raíz existencial consiste en el ansia, más aún, el frenesí de hallar, palpar y degustar la realísima realidad. He amado frenéticamente el mundo sabiéndolo perecedero, y por eso es la frase «Primavera de la muerte» y no «la nada siendo» la que mejor puede incorporar la intuición que perdurablemente se halla al fondo de mi vida y no sólo en mi poesía. Muerte o nada sería el mundo, pero en tanto que es, que está ahí para nuestros ojos enamorados, para nuestro oído, para nuestro corazón y nuestra inteligencia, tiene un gran valor, un máximo valor. Es un cálido manantial, una fragancia irrenunciable, una suprema fuente de posibilidad, una luz, una «primavera». Una primavera, claro está, patética. Admirable y angustiosa, delicada y terrible. Entre esos dos polos (valor y desvalor, ser y nada, muerte y primavera) discurre toda mi poesía, hecha de opuestos que no se excluyen. Cada libro desarrolla esta idea, o mejor dicho, este sentimiento, de modo distinto y con tonalidades y vibraciones diferentes. Y unas veces predomina el lado negativo de esa central impresión (lo que la vida tiene de mortal); y en otras ocasiones se acusa sobre todo el lado positivo (el reluciente «siendo», lo primaveral de la luminosa realidad); y aún en ciertos casos se presentan, en más compleja intuición, los dos haces contrapuestos, una luz que sin dejar de ser luz con todas sus propiedades y valores, es al mismo tiempo aniquilación; o de otro modo, algo que consistiendo en suprema felicidad, consiste también en dolor, desazón y angustia.

Los poemas «Cristo Adolescente», de *Subida al Amor*; «Primavera de la muerte», del libro de ese título, y «Fuerza primaveral», de *Invasión de la Realidad*, pueden ilustrar, entre otros, esta actitud.

Naturalmente, no es caprichosa esa prevalencia de un lado u otro de la intuición primaria: depende de la perspectiva adoptada. Si desde el raudo tiempo del hombre vemos el mundo, éste nos reflejará su pavorosa faz fantasmal (*Noche del Sentido*), y todo se ha de manifestar como vacío de significación, como espectral e insensato. Pero si invertimos la perspectiva y vemos la realidad e incluso el hombre desde el tiempo mucho más lento de las cosas, el mundo, y con él, en cierto modo, la humana criatura, mostrarán la consistencia y dureza de su ser (*Invasión de la realidad*). Mientras que está ahí, y por poco tiempo que esté, el mundo existe, vale. Vale la pena la entera realidad. No es una objeción entonces contra el mundo saberlo fugitivo y mudable. Hemos de aceptar esa condición histórica de cuanto hay en la Creación en nombre de sus valores actuales, que no quedan disminuídos por nuestro conocimiento de su futura inanidad. Es así como nos salvamos de la congoja, sin caer en el inocente optimismo del que «se chupa el dedo». Optimismo «a pesar de todo» podríamos llamar a esta sensación (véase la serie de sonetos englobados bajo ese título en el apartado quinto del presente volumen) El poeta es consciente del dolor del mundo, de la injusticia y el desorden que imperan en las relaciones humanas; y de ese otro desorden de mayúscula capitalidad que consiste en ser un moribundo, un condenado a la última pena esa criatura que no querría morir jamás. Con todo, tan singular escándalo no le impide mirar como valiosos los indiscutibles bienes que se le ofrecen: ante todo su propia vida y también el espectáculo gigantesco del mundo, formidable energía de realidad, tan inexplicable como admirable. Hoy me parece tan necio, o si queréis, tan ingenuo, el cándido entusiasmo sin reservas mentales ante la vida, como la deses-

peración y la negra angustia sin salida de quienes porque no pueden ser mañana no quieren mirar con serena pupila su presente vivir, tan lleno de luces como de sombras. La vida no es sólo tragedia ni comedia sólo. Es una mezcla de ambas cosas, un ir de la zozobra a la salvación, de la agonía a la paz, de la felicidad a la desgracia. Y hemos de aceptar nuestro destino a pie firme, con dignidad y serenidad.

Hasta aquí he hablado del contenido de mis libros para aclarar y dar razón del subtítulo con que este tomo sale a luz. No he dicho nada, en cambio, acerca del éxito con que yo haya podido manifestar tal contenido, porque no he de ser yo quien decida sobre tal cuestión. Pero no desconozco, claro está, los indudables fallos en que muchas veces, y no sé si siempre, he incurrido. Quizá un poeta debiera evitar la publicación de esa parte de su poesía que más claramente muestra que no ha de resistir el paso de los años. Pero ¿cómo estar seguro de que es éste y no aquél el poema que no merece de ningún modo ser leído? Todo poeta se salva para la posteridad, en el mejor de los casos, en virtud de la calidad de un puñado de poemas excelentes y a pesar de las muchas deficiencias o escaseces del resto de su producción. Pero cuando ello ocurre, no siempre puede decidir acerca de cuáles sean esas composiciones relativamente privilegiadas. Y ante la posibilidad del error, si no todo ello es sustancia de equivocación, prefiere exponer a la mirada de sus lectores el conjunto de su tarea para que sean ellos quienes extraigan lo más valioso, si existe, de entre lo inválido.

He hablado de salvación, de perduración. ¿Es perdurable, es realmente inmortal la poesía? Dichosos los tiempos en que los poetas podían pensar una cosa así. La poesía, aunque objetiva, es histórica y relativa a unas circunstancias, como todo lo humano. Está continuamente haciendo señas a un ambito cultural que le completa su cabal sentido. Es un diálogo con nuestro tiempo y en él, *parcialmente*, perece. Porque durar diez mil años, veinte mil años (lo que viva

nuestra cultura y sus últimos ecos o sus finales ondas —y felices aquellos poetas que puedan beneficiarse de tan prolongada vigencia—) no es, claro, está, salir del cerrado círculo temporal que llamamos nuestro. Nuestro es aún Homero, Virgilio, el Poema del Cid o Dante. La poesía nace de un contorno histórico, y ese contorno histórico es, rigurosamente, parte del poema. Toda poesía es así poesía de circunstancias.

Por ello, el verdadero poeta no sólo *debe* expresar su tiempo (para lo cual ha de estar situado a su altura cronológica en preocupaciones esenciales y estremecimientos emotivos), sino que lo expresa quiera o no quiera. Un alma retrasada o vieja (las hay, quién lo duda) no puede realmente poetizar.

Tal es mi concepto del poeta genuino, y no ese otro, tan socorrido, del vate o profeta. Si alguna vez el poeta ha profetizado habrá sido por casualidad, como no se llame profecía al descubrimiento que el poeta puede realizar de su autenticidad humana, las más de las veces encubierta a las miradas de los demás y a la suya propia por espesas capas de simulación inconsciente. Tenía razón Baroja cuando afirmaba que el hombre suele vivir desde la farsa; añadamos que generalmente sincera, para mayor complicación y paradoja. Pero el poeta, si lo es, no puede mentir, y para hallar la fuente viva de la palabra emocionante, necesita apelar al fondo de la persona, más abajo de todas las hipocresías con que, sin saberlo, disfrazamos nuestro verdadero ser. Por eso escribir poesía es un ejercicio de revelación, y no porque el poeta haya de ser un aceptable sucedáneo del astrólogo o de la sibila. Alguno de los poemas que aquí se incluyen me ha mostrado aspectos de mí mismo que yo racionalmente ignoraba, y supongo que cualquier poeta habrá hecho observaciones parecidas en muchas ocasiones. Y es que, en efecto, la poesía, aunque contenga conceptos y se escriba con una evidente vigilancia intelectual, está muy lejos de respetar las fronteras estrictas de la razón, ni aún en los casos límite de

poetas conscientes (llámense Valéry, Fray Luis de León, Eliot o Guillén). La poesía es cosa de la vida, y sobre todo de la vida en su autenticidad, y su expresión se obtiene más allá o, si lo preferís, más acá de la inteligencia pura. Si de esta tópica afirmación genérica, pasáramos a otras de experiencia personal, diría que yo nunca he podido escribir poesía con previos esquemas racionales, y dudo mucho que con ese método se hayan conseguido en alguna abundancia resultados que superasen francamente la mediocridad. Precisamente Eliot escribió, en uno de sus trabajos críticos, que la diferencia entre un poeta bueno y otro malo estriba en que el malo es consciente donde debería ser inconsciente, e inconsciente donde debería ser consciente. A mi entender, el cálculo racional no debe ejercerse sino en el cuidado de la estructura poemática, en la eliminación de las materias muertas, en una como tolerante supervisión del ciego bucear intuitivo. Y aún así, el intelecto no puede decidir nada si no se alía con la sensibilidad, mucho más certera y segura. La experiencia me ha hecho saber cuánto puede equivocarse la razón al enjuiciar las cosas poéticas. En la redacción de un poema se me han presentado casos en que el juicio meramente intelectual se escandalizaba ante determinadas incongruencias o absurdos o contradicciones que los versos recién escritos exhibían. Y he llegado a saber que si la sensibilidad decía sí cuando la razón decía no, era, sin excepciones, la sensibilidad quien estaba en lo cierto. Es más: resulta perfectamente hacedero que un poeta no sepa lo que significan lógicamente unos versos suyos, aunque nunca quepa un parejo desconocimiento acerca de la individualísima emoción que provocan. El poeta y el lector se hallan en igualdad de condiciones para extraer, si lo desean, por debajo de la literalidad del poema, lo que racionalmente éste dé a entender, hallazgo siempre posible, pero fuera de la actividad propiamente creadora y, por consiguiente, más allá también del oficio que al lector corresponde. Todo poema consiste en una intuición, en una representación de

significación única, y es esa intuición y no el genérico concepto lo que poetas y lectores perciben. Reducir las intuiciones a conceptos resulta, en cambio, una faena interesante y hasta esencial para el crítico, y es éste quien debe determinar la red de implicaciones lógicas, muchas veces no conscientes para el poeta, repito, sobre la que la composición se ha ido tejiendo. Recuerdo muy bien que cuando terminé el poema titulado «El Apóstol», de *Noche del Sentido*, ignoraba yo qué significado conceptual escondían los últimos versos:

«La luz inmóvil, infinita,
abrió de pronto, extensa, un ala.»

Ese abrirse del ala luminosa, ¿indicaba, dentro del contexto, que el misterio del Más Allá se revelaba por fin para el vacilante y dubitativo protagonista de mi poema? La cosa no me preocupó lo bastante para llevarme a un análisis de la intuición poemática, y fué un amigo mío y no yo quien desentrañó el enigma. Al punto comprendí que ese lector estaba en lo cierto. No, no se desvelaba el misterio divino y nuestro destino de hombres a los ojos del «apóstol», sino que ese misterio se patentizaba como tal en el movimiento mismo del ala de la ocultadora luz, al modo como una figura quieta de incierta realidad, colocada a alguna distancia en el paisaje, puede mostrar su presencia ya indudable si abandona el reposo disimulador.

Aunque yo ignoraba todo esto en el instante de la composición y aun después, cuando como mero lector me hacía cargo del poema, es indudable que tales conceptos estaban allí, en aquellos versos, como un supuesto de ellos sin el cual la pieza carecería de toda su posible virtud. Y era precisamente esa posible virtud lo que se me hacía presente en la sensibilidad, lo que yo intenté expresar, y lo que el poema «quiere», en definitiva, «decir», caso de que no haya fracasado del todo mi pretensión. Pues el significado de un poema

es la intuición que nos transmite y no la reducción lógica de ésta.

Creo, por tanto, que, en la actividad poética, la razón debe ser únicamente un alerta y distante centinela de la fluidez poemática, que ha de manar con espontaneidad y como en estado de «libertad vigilada». En mi trabajo he procurado dejarme siempre llevar de la corriente poemática misma, aunque, como digo, ejerciendo desde más arriba un discreto servicio policiaco de orden intelectual, para no caer en la romántica enajenación que siempre me ha repugnado. Porque si me es antipática la racionalización de lo poético que a ningún sitio bueno conduce, no me es más afín el despilfarro, la inconsecuencia y el descontrol del romántico puro.

Repito que nada de esto prejuzga el contenido mismo del poema. En el poema puede predominar lo conceptual, lo sensorial o lo afectivo sin que tenga necesariamente que modificarse la actitud del poeta tal como la he intentado describir. En *Noche del Sentido* y en *Invasión de la Realidad* observará quizás el lector una concentración de pensamiento emotivo mayor que en *Subida al Amor* y en *Primavera de la Muerte*, y, sin embargo, aquellos libros no han sido escritos con menos «libertad» que los cronológicamente anteriores. La distancia que medie entre ellos consistirá en una distinta densidad de humana experiencia, y no en un método distinto de redacción. La diferencia viene dada también por otra causa. Desde los primeros meses de 1947, y hallándome a la sazón fuera de España, noté en mí un profundo cambio, una necesidad de objetivar los sentimientos, de no ofrecerlos como experiencias inmediatamente personales. Al mismo tiempo pude darme cuenta de que el tono de mi voz había cambiado. Ahora vibran en mi alma cuerdas más graves que las que habían sonado en mis dos primeros libros. En Méjico, hacia enero de 1948, me brotó el primer poema que condensaba la doble actitud: «España, desde lejos». Y más tarde, el resto

de los sonetos a España, los poemas en verso asonante sobre el tema de Cristo y otros de diversa materia. Es curioso constatar que esta evolución sufrida por mí en el extranjero estaba ocurriendo, más o menos, por las mismas fechas, dentro de nuestra patria, sin yo saberlo por entonces.

En mi caso particular, la objetivización temática se me presentó acompañada de una nota nueva o casi nueva en mi poesía. Buena parte de los poemas de *Noche del Sentido* representan un oscuro intento de «presentar» el misterio. No sé hasta qué punto esa sensación está conseguida, pero sí que tal era lo que yo necesitaba expresar en aquel tiempo. Sólo posteriormente la etapa que llamaríamos de objetivización y misteriosidad quedó superada para mí, aunque no la gravedad del tono en que aún me hallo. He de decir que mientras aquella tendencia duró, mi producción fué parsimoniosa, y sólo volvió a desatarse con más abundancia al cesar el sofrenamiento que la objetivización y sobre todo el especial matiz con que ésta se me imponía, arrastraban como consecuencia. *Subida al Amor* había sido escrito en rápidas rachas sucesivas a lo largo de 1944, y *Primavera de la Muerte*, con mayor velocidad aún, en unos cuantos meses de 1945. Pero la redacción de *Varios Poemas* y de *Noche del Sentido* fué mucho más lenta, aunque la intensidad emotiva propia no había disminuído nada, sino al contrario. *Invasión de la Realidad*, del que el presente volumen no recoge sino los poemas aparecidos en revistas, fué escrito, en cambio, con tal erupción y caudalosidad que, salvo tres o cuatro excepciones, cuando tomaba la pluma nunca escribía menos de dos poemas, y ocasiones hubo de terminar en el mismo día hasta cinco y seis. La serie entera aquí incluída con el título de «A pesar de todo» fué rematada en dos horas de intensa actividad. Sería tal vez conveniente que los distintos poetas nos hiciesen confidencias semejantes, porque probablemente un conocimiento de esta naturaleza aclararía ciertos aspectos de la creación que, cuando menos, serían útiles a los poetas muy jóvenes,

mtchas veces desconcertados por las inevitables pausas de todo proceso creador normal.

Sólo me resta ya referirme a los pormenores de la presente edición. Como verá el lector si tiene la paciencia de recorrer el índice de este tomo, se incluyen aquí cinco apartados: tres de ellos están constituídos por libros completos (*Subida al Amor*, *Primavera de la Muerte* y *Noche del Sentido*), publicados por mí sucesivamente (dos de ellos, *Subida al Amor* y *Primavera de la Muerte*, reeditados después en el volumen que titulé *Hacia Otra Luz*). El apartado tercero (*Varios Poemas*) es una suma de composiciones dispersas, escritas a partir de 1948, y que por diversas razones quedaron fuera de *Noche del Sentido*. El apartado que va en quinto lugar está integrado por una serie de poemas que sólo han aparecido en revistas, y que, en unión de otros, absolutamente inéditos aún, darán lugar al libro *Invasión de la Realidad*. O sea, de esta última obra todavía no terminada por completo, aunque ya muy avanzada en su redacción, he traído aquí sólo aquellas muestras que vieron la luz en revistas literarias o poéticas.



SUBIDA AL AMOR

A Vicente Aleixandre.

*Mis oídos escuchan el único
amor que no muere.*

V. A.

SUBIDA AL AMOR

Mira los aires, alma solitaria,
alma triste que sola vas gimiendo.
Asciende, sube. Amor te espera.
Dios te espera en la cima de tu vuelo.

Aleteante, temblorosa y blanca
te veo subir entera entre los vientos.
Te vas dorando. Solar eres,
clara y solar sobre los cielos.

Alma sola de Dios junto a su rostro,
rostro de luz que cubre el firmamento.
Inmensa estás tocada en luz naciente.
Inmensa estás la luz de Dios bebiendo.

Cara con cara junto a Dios, contemplas.
Cara con cara yo te veo.
Vida con vida, luz con luz,
cielo con cielo.

Luz de amor, luz de vida
lenta en los aires bajar siento.
Fundida luz de Dios con luz del alma.
¡Oh claridad en el silencio!

I

SALMOS SOMBRIOS

SALMO SOMBRIO

No pases, Dios, ante mi rostro oculto,
no cruces como un cielo sin estrellas
llevado raudamente. arrebatado
por un árbol veloz en las tinieblas.

No cruces alumbrado por la sombra,
incendiado con luz de sombra espesa
mientras mi cuerpo se retuerce en llamas
amando con silencio, angustia y pena.

No cruces mientras amo un cuerpo oscuro,
mientras gimo entre cardos y entre piedras,
mientras beso con hierro y con tortura
venas ardientes, arenosas, ciegas.

Morderé tierra, romperé raíces,
desgarraré mi carne con fiera,
pero aleja tu faz, tu faz que temo
en esta noche de rugido y selva.

Aléjate, abandóname en la sombra,
que quiero ser raíz y tierra seca
para poder amar este torcido
tronco sin luz, a solas y en tinieblas.

ARRANCAME LA LUZ

Señor, Señor : quiero cruzar la inmensa
tierra, la inmensa tierra de tu pecho.
A contrarrio navegar tus mares
de tierra y de raíces y de fuego.

Te cruzo ya subiendo tus torrentes,
nado contra su fuerza, los navego,
te navego, Señor; Señor, te nado
tus tierras raudas de olear frenético.

Me azotan piedras, ráfagas de piedras.
Piedras furiosas me golpean. Siento
bajar lo abrupto de la cima dura,
rugir todo lo eterno.

No, no, Señor. No, no. Ya estoy vencido.
No puedo, no, arribar hasta tu cielo,
hasta tu faz donde se precipitan
los grandes ríos y los grandes vientos.

No puedo, no. Arráncame la luz
y arrástrame otra vez hacia lo espeso
donde sienta un brutal olor de sombra
y crezca un árbol para morir ciego.

MIEDO DE DIOS

Cuando amorosamente, Señor mío,
sentí el amor que me bajaba
metí mi mano dentro de tu pecho,
como una ola de tu reino.

Pero temí la sombra que pudiera
acumular tu fondo de misterio,
tan hondo que ni estrellas llameaban.
Sólo penumbra. Sentí miedo.

Ah, Dios mío: ¡qué triste me miraste;
con cuánto amor me viste ciego
por temer sombra donde se desploma
la luz de todo el universo!

Porque eres hondo sombras vistes.
Mas quien te ama mira adentro,
y un horizonte azul verá
donde está siempre amaneciendo.

Pero aquí estoy sobre la tierra,
aquí tirado contra el suelo,
porque temí la noche horrible,
quizá encerrada entre tu pecho.

Y una tiniebla me levanta
hoscó y brutal, impuro y seco.
Cerrado crezco interminable
como los duros muertos.

SALMO DESESPERADO

Como el león llama a su hembra, y cálido
al aire da su ardiente dentellada,
yo te llamo, Señor. Ven a mis dientes
como una dura fruta amarga.

Mírame aquí sin paz y sin consuelo.
Ven a mi boca seca y apagada.
He devorado el árbol de la tierra
con estos labios que te aman.

Venga tu boca como luz hambrienta,
como una sima donde un sol estalla.
Venga tu boca de dureza y dientes
contra esta boca que me abrasa.

Tengo amargura, y brillo como fiera
de amor espesa y de desesperanza.
Soy animal sin luz y sin camino
y voy llamándola y buscándola.

Voy oliendo las piedras y las hierbas,
voy oliendo los troncos y las ramas.
Voy ebrio, mi Señor, buscando el agrio
olor que dejas donde pasas.

Dime la cueva donde te alojaste,
donde tu olor silvestre allí dejaras.
Queriendo olerte, Dios, desesperado
voy por los valles y montañas.

LA TRISTEZA

Tal vez el mundo sea bello
cuando el sol claro lo ilumina,
pero yo sé que hay hombres tristes
como la lluvia gris y fría.

Yo sé que hay hombres sobre cuyas almas
pasó de Dios quizá la sombra un día.
Pasó, y hoy queda sólo ausencia
en donde la tristeza brilla.

Hombres tristes en todos los caminos
con la tristeza pensativa.
Hombres tristes, cansados, nieblas sólo
que buscan sol y vida.

Hombres que miran los ocasos
con esperanza dolorida
y sólo ven vaga tristeza
ponerse sobre las colinas.

Tal vez la aurora sea pura,
el aire delicado, claro el día.
Mas muchos hombres hay como la lluvia
oscura e infinita.

Escúchame, Señor. Mi voz hoy sólo
tiene palabras de melancolía.
Sobre la tarde inmensa cae la lluvia
monótona, fría.

EL SEÑOR EN LA NOCHE

Oh Señor, quiero amar tus tenebrosos
peñascos donde braman los torrentes,
cuyas turbadas aguas tierra arrancan
y tierra arrastran, tierra, airadamente.

Todo Tú ruges arrojando sombra.
Luz sombría arrojando, cruzas, vienes
hacia mí. ¡Arrebátame, aniquílame!
El amor de tu boca oscura béseme.

¡Bésame, arráncame los besos, sórbeme
la vida con tus labios grandes! Bébeme.
Vaya yo arrebatado a tu revuelto
torbellino sin luz, en donde truene

mi gran beso furioso. Irrumpa, rómpase
mi amor allí. ¡Destruya, grite, anegue :
en ti furiosamente arañe rocas
buscando muerte, nada más que muerte!

EL MUERTO •

Bebiendo luz tranquila en tu mano serena,
oh Dios, junto a tu rostro en donde la luz nace,
extendido en tu cuerpo, sobre la calma plena,
como en tumba de luz mi cuerpo largo yace.

Sé que algunos afirman que estoy muerto, enterrado,
porque hace muchos años que estoy aquí extendido
sin jamás movimiento, sin flaqueza, callado.
insomne y deslumbrante, de blancura vestido.

Dios es la luz inmensa que eterna resplandece.
Yo estoy hundido en ella, en su centro flotando.
En el claro reposo mi serenidad crece.
Soy un montón de flores fragantes destellando.

Pero aquí silencioso en mi tumba, yo olvido.
No me llaméis. No escucho vuestra voz engañosa,
cruel, pues la fragancia me invade ya el sentido,
y el silencio me llega en la luz silenciosa.

Sé que algunos afirman que soy un duro muerto.
Que vengan y se embriaguen de la luz que ahora libo.
Verán quién es el triste, verán quién es el muerto.
Verán quién es flagelo de luz entre lo vivo.

SALMO VIOLENTO

Te amo, Señor, escúchame :
Soy de la selva, vengo de la selva.
Brillo de amor cual estallante hierro.
Brillo feroz con luz frenética.

Sólo amor soy de piedra sorda y lúcida.
Te amo, Señor, con mis raíces secas.
Vengo hasta ti porque te amo, y luzco
como un peñasco en una noche negra.

Devora mi amargura y tierra amarga.
Devórame, Señor de mi tormenta.
Ruge de amor dentro de mí. Soy pasto
deslumbrador para tu boca hambrienta.

Come mi corazón. Suéltate dentro.
Suelta tus huracanes de violencia.
Quiero gritar de amor, de Dios, de gloria,
hecho ya luz en las estrellas.

Sienta pasar dentro de mí el torrente
que por el firmamento se despeña,
cielo aniquilador furioso y raudo,
cielo de estruendo y turbulencia.

Señor, Señor: soy una peña oscura
que te ama, soy monte que se entrega.
Las tinieblas me cubren, y deslumbro
de rugido y amor, de ruina y selva.

ELEGIA DE LA LUZ DEL ALMA

He de sacar mi alma lentamente
del fondo oscuro donde yace.
He de sacarla hasta la luz del día
a que se alumbre al sol vibrante.

Con mis dos manos he de levantarla
a que su luz me la traspase.
Vacío entonces quedaré un momento,
vacío y anhelante.

Y miraré mi alma entre la vida
solar. Alma de luz como la tarde.
Dejadme que la mire y la contemple.
Mirarla así: pura, dorándose.

El alma, el tenue hálito de luz
sin cuerpo duro, al sol brillante.
Alma desnuda. ¡Qué tristeza luego
su resplandor, dentro, apagándose!

Porque la vida es larga y la memoria
se olvida de la luz de aquel instante.
Caminar lentamente por el mundo
con la tristeza, por sus tristes calles.

¿El alma? ¡Quién se acuerda!
Un día fué la luz clara en el aire.

NOCHE DE DIOS

Me siento sangre cuando aparta Dios
su claro rostro de mi alma,
porque alta noche en Dios existe,
noche oscura y cerrada.

El crepúsculo tiembla en sus costados.
Brilla la noche en sus espaldas.
Oscuramente luce, irradia, fulge
en absoluta llamarada.

Noche de Dios: candente fuego.
Sombras, luces escapan.
Almas se queman en su fondo oscuro.
Surgen ardientes. Cantan.

¡Oh coros en la noche!
Almas ya sin sentido, enajenadas,
se levantan fundidas en terrible
amor con las sombrías llamaradas.

Desde el fondo del mundo
ascienden hacia Dios. ¡Viven, abrasan,
iluminan la noche con furiosa
luz de sangrienta espada!

II

DIOS SOBRE ESPAÑA

España toda cruje, ardiente y escabrosa.
Dios entero la oprime con su cuerpo de brasa.
La endurece su mano como una inmensa losa,
la amontona y violenta, y la pisa, y la abrasa.

Oh, no toquéis a España: quema su tierra roja.
Quema terriblemente como Dios quemaría,
porque desde hace siglos España se despoja
de lo que es el fuego que la arrebataría.

Oh España ya desnuda: tan sólo piedra y fuego.
Necesita ser fuerte quien tu áspera piel pisa.
Vivir furiosamente como el desasosiego,
sangrar a diario sol y tierra se precisa.

Las llanuras sedientas, los despoblados montes,
todo ruge con hambre de Dios, dura, infinita,
de Dios que brama ciego sobre los horizontes,
de Dios que sobre España duramente gravita.

Los hijos de esta tierra tienen rostro violento,
fuerte rostro tajado por el hacha divina,
tienen hombros que llevan el gran peso sangriento
del grave Dios que inmenso sobre ellos se reclina.

Oh Dios, oh Dios, desgarras la piel de España pura
y devora la tierra y a sus hijos espesos.
La misma hambre tenemos que tu garganta dura.
Somos sangres y tierras mezcladas a tus huesos.

EL VIENTO

Gimiente y dulce, el viento, venturoso
viene de Dios y puro en Dios termina.
Lleno de cielo va. Miradle hermoso,
de luz cargado y esencia divina.

Gozo arranca de todo en lo profundo.
Largo de dicha su quejido suena.
Cielo total bajo su soplo el mundo
aparece. Luz trémula le llena.

¡El viento, el viento! Loco, trastornado,
«soy la luz», digo. «Nunca el viento cese».
El viento besa, pasa, y olvidado
canto feliz como si el viento fuese.

Vas hacia Dios. ¡Oh, no, nunca te paras!
Mi palabra de amor llévale entera,
llévale rosas, frescas rosas claras
y los perfumes de la primavera.

LAS ALMAS

La noche. El firmamento
se ha cubierto de almas.

Dios les envía luz,
serenidades, calmas.

Transparentes, visibles,
quietas están, doradas.

No hay estrellas. Luz sólo
de almas trémula baja.

Luz amarilla y dulce.
Luz tranquila. Luz larga.

Amarilla es la noche,
los llanos, las montañas,

el aire, la dulzura,
los rumores, las aguas...

Pájaros, vientos suben
a beber en las almas,

a anegarse de luz,
de suspiro. Se encantan

arriba, y ya no vuelven.
Son también luz extática.

Yo miro. miro, sueño.
Triste digo: «No bajan».

SANGRE DE DIOS

Voy caminando por el mundo.
Voy caminando sin consuelo.
Buscando a Dios amargamente,
amargamente en mi destierro.

Esta es mi sed y mi honda pena.
Que le amo mucho y no le encuentro.
Que le amo mucho entre la sangre,
allá en lo rojo y lo secreto.

¿En dónde estás, oh Dios, oh Vivo?
Quiero la paz sobre tu pecho.
Estoy cansado y solitario.
¡El hombre es solo sin remedio!

Soy hombre y solo, oh Dios ardiente.
Tú eres mi sangre sobre el cielo.
Tú eres mi sangre irrefrenable
que en las estrellas va cayendo.

Huelo mi sangre de los astros.
Quiero mi sangre de los cielos.
Cálidamente llueva sangre.
Me moje en sangre todo el cuerpo.

Quiero enterrarme en el Dios puro,
el Dios de sangre y de misterio.
El es lo dulce y lo terrible.
El es mi tumba junto al trueno.

MUCHACHO EN LA TARDE

Yo he visto un puro adolescente
claro en la tarde, frente pálida.

Amaba el mundo, las colinas,
las altas aves, la distancia,

la luz, el viento, las estrellas :
frutos que al aire se doraban.

Yo le vi a veces hondamente
bajo la tarde serenada,

mirar las luces del poniente,
su paz lejana.

Tras el ocaso quizá el rostro
de Dios. Quizá su sombra o su nostalgia.

Tal vez su puño que se abría
tras de la luz tibia y callada.

Tal vez su mano dominando
sobre los hombres, plena y vasta.

DIOS Y LA TIERRA

En esta tierra roja, desnuda como espada,
en estos montes agolpados como rayos de roca,
sé que está el gran Dios vivo, toda su sed volcada
como una inmensa boca.

Entre la piedra espesa de la áspera montaña,
algo rugiente asoma, duro e inacabado.
Es como si surgiera de su profunda entraña
el rostro del Dios fuerte como llama rasgado.

Por eso amo la tierra, su dureza de cielo,
su violencia de corazones duros,
su latido profundo. La sangre de Dios velo
en la tierra y sus huesos, entre los huesos rojos de los muertos
impuros.

Oh, sí, yo sé que a veces relampaguea la tierra.
Y es que Dios en la tierra muchas veces fulgura.
Yo quiero ser llanura, yo quisiera ser sierra
para brillar con Dios en única luz pura.

Porque el alma no es pura. Puros, los horizontes;
pura, la tierra; pura, el agua; puro, el fuego;
son puros los barrancos y son puros los montes
que beben vida y rayo con boca del Dios ciego.

Pero el alma no es pura. Por más que Dios traspasa
nuestra vida hecho rayo victorioso e hiriente,
no, nunca puros somos, nunca nuestra alma abrasa
como la luz insigne de la gran tierra ardiente.

Por eso con tristeza veo los campos ahora.
Ellos, con su secreto. Yo, con el alma mía.
Un sol celeste y claro los horizontes dora
mientras los miro augustos bajo la tarde fría.

DIOS Y EL NIÑO

Un niño puro, un niño que amamantas,
oh Dios, con la inocencia de los astros.

Un niño que se alegra con las luces,
el misterio y los pájaros.

Niño celeste, límpida paloma
que vuela entre lo claro.

Leve pluma, luz libre y transparente
que sube hacia lo alto.

Queda una espuma sólo, un candor dulce
en los aires temblando.

Dios bueno, puro, alegre y candoroso
brillaba en lo lejano.

LA ESPAÑA SOSEGADA

España, España, un poco de tierra luminosa,
un poco de sol claro que en tierra cuajaría.
Tus hijos van creciendo sobre tu luz hermosa.
Pisan luz, pisan sol, tierra, amor, alegría.

En las noches oscuras yo vi brillar a España.
Era una gota pura de luz suave y tranquila.
¡Cómo no amarla entonces, hundirse hasta su entraña
a beberle la leche de luz que allí destila!

Alegres hijos altos, hijos de España plena,
sois también como luz que sosegada crece.
El sol del que nacisteis corre por vuestra vena
y alumbrar vuestro cuerpo desde el alma parece.

Como la luz del alma parecéis inmortales,
porque sois alma sólo, luz de alma y de sueño.
El espíritu os llena, oh claros, celestiales,
os trastorna y os lleva con inmortal empeño.

¿Adónde vais insomnes, vivos, almos, señeros?
¿Adónde vais, adónde vuestro pecho se inclina?
¡Si nadie puede amaros, si nadie comprenderos!
No es de este mundo el reino que el Señor os destina.

Quedaos sosegados como luz inocente
en este mundo triste que en Dios no se ilumina.
Sed pecho donde pueda reclinar Dios su frente.
Sed la luz que refleje la claridad divina.

Deja, España, que en ti Dios repose. Su mano
que los hombres desprecian mírala en ti serena.
Oh Dios que amamos, míranos abrasados de arcano
comiendo mano tuya de luz, tranquila y buena.

OLA CELESTE

Cielos errantes, locos, hondos cielos,
ala ardiente y azul maravillosa,
cuerpo abisal que vuela
anegado en sus aguas de alta gloria.

¿Adónde vas, veloz ave radiante,
sonando música que te rebosa?
¿Adónde vas tan alta?
Oh espíritu, ¿hacia dónde, dime, bogas?

No me escuchas. Tú giras, buscas, brillas,
suenas, ardes —oh vuelo sin congoja—,
sin descanso te evades y me dejas
abandonado y ciego entre la sombra.

Arden de fuego azul tus hondos mares.
Llenos de amor, y gozan
las altas brisas puras de los astros,
oh derramado Dios, celeste ola.

RECUERDO DE INFANCIA

Un niño fuí. Un niño que en tus manos
quiso beber un día dulces aguas,
dulces hierbas tocar, céspedes suaves
donde apoyar su carne iluminada.

Ah, mi vuelo de música entre frondas,
mi fuga de cristal, infantil, rauda;
mi constante pasar ante tu muda,
ante tu torva estatua.

Quieta, quieta mujer, sola en el día,
mujer sin luz, mujer de sombras largas,
reseco muro sin dolor: materia.
¡Dura mujer amarga!

Nunca tuviste amor. Jamás un cielo
bajó hasta ti su luz tímida y blanca,
ni el viento del espíritu un instante
te arrebatara.

Estabas seca. Pero no, no amaste
ni siquiera la sed en ti estancada,
ni el peñasco brutal que como un puño
en la tierra te alzaba.

Yo te vi siempre, siempre, paseando
tu enorme cola por la triste estancia,
mientras yo golpeaba mi luz dulce,
mi niña luz, mis suaves luces ávidas.

Pero tú no, tú no. Tú no me amaste.
Yo sí que te adoraba.
Sí que te amé, torva raíz estéril.
Yo sí que amé tu ciega piedra helada.

Feroz fué tu quietud, tu seca tierra,
cuando ante ti pasaba
un niño, sólo un niño, siempre, siempre
como una espuma clara.

ODA A ESPAÑA

Oh España, tierra eres. Tierra sólo,
pero en tu cálida insondable entraña
el sol corre por dentro y te ilumina,
y te arreбата.

El sol te empuja brutalmente.
El enterrado sol que llevas, canta.
Ebria vuelas. Vas ya por las estrellas.
Vas pura, iluminada.

Mas llevas en tu seno
a los solemnes muertos que en ti braman,
que, como yo, con furia
te devoran y abrasan.

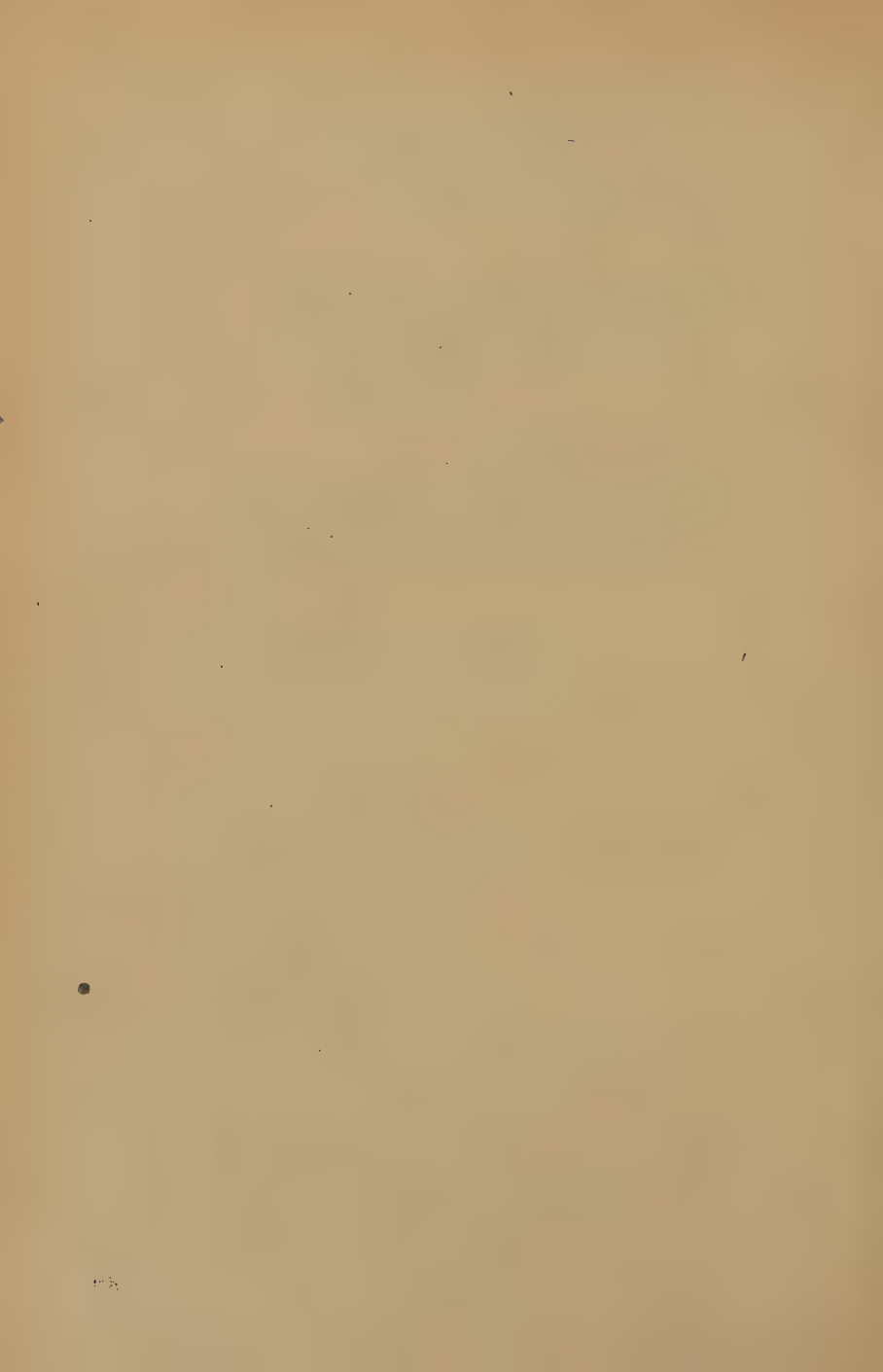
Oh España ya por las estrellas,
oh estrella sola y clara :
te quiero con el llanto, España mía;
llanto tú brillador de luces altas.

¿Adónde vas, España grave?
Mis manos te levantan.
¿Adónde vas por el azul espacio?
Altísima navegas solitaria.

Y yo te veo tierra,
tierra sólo y herida por el hacha
de Dios, y vas sangrando, y cae
toda tu sangre por mi cara.

Ay, España querida.
Entiérrame en tu sangre roja. Arranca
a tu hijo del mundo. Llévame
contigo por la noche negra, España.

Vas alta y dolorosa.
Gimes, deliras, bramas.
Vas firme y pura por el firmamento
a hundirte en Dios como una espada.



III

CANTICO NUEVO

*... y cantaban un cántico nuevo,
diciendo: «Digno eres, Señor..., por-
que fuiste entregado a la muerte.»*

(Apocalipsis, V, 9-10.)

CRISTO ADOLESCENTE

Oh Jesús, te contemplo aún niño, adolescente.
Niño rubio dorándose en luz de Palestina.
Niño que pone rubia la mañana luciente
cuando buscan los campos su mirada divina.

En el misterio a veces hondamente se hundía
mirando las estrellas donde su Padre estaba.
Un chorro de luz tenue al cielo se vertía,
al cielo inacabable que en luz se desplegaba.

Otras veces al mundo mirabas. De la mano
de tu madre pasabas con gracia y alegría.
Pasabas por los bosques como un claror liviano,
por los bosques oscuros donde tu Cruz crecía.

Niño junto a su madre. Niño junto a su muerte,
creciendo al mismo tiempo que la cruda madera.
Me hace llorar la angustia, oh Cristo niño, al verte
pasar por ese bosque junto a la primavera.

CRISTO EN LOS CAMPOS

En tu cuerpo encerrada, ya eterna y siempre pura,
con la luz de ese bosque y la de esa pradera
y alta luz de montaña y clara de llanura,
destellaba en tu sangre toda la primavera.

Para esto había lucido el sol dorando el día
durante largos siglos, las viñas madurando,
y encerrado en la parra dulcemente crecía,
secretamente luego en frutos estallando.

Andabas por los campos de Palestina suaves
mirando largamente crepúsculo y aurora,
campos de trigo llenos de candorosas aves,
horizonte y llanura que cálido el sol dora.

Largamente mirabas el mundo que Tú hiciste.
Todo lo recordabas amándolo en tu seno;
cerros, violetas suaves, llanura, campo triste,
pobreza, ardor, cariño: todo era un soplo bueno.

Mirabas a los ojos de Juan adolescente.
Mirabas tu profunda infancia en su alegría,
tu inocencia en sus ojos y candorosa frente
que por ver tu mirada muchas veces erguía.

Ya todo esto en tu Padre lo habías contemplado,
y sin embargo ahora todo era diferente.
Las aves y los lirios, aquel monte, aquel prado,
Pedro, Juan, noche, estrellas, las tardes, el poniente...

En tu cuerpo encerrada, cálida y suspirante,
manando de la fuente viva que tu alma era,
brotando inacabable, luminosa y fragante,
destellaba en tu sangre toda la primavera.

CRISTO EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS

En el bosque de olivos centenario se erguía
Cristo plantado en tierra como el más viejo olivo.
Hacia la eternidad, bajo tierra, se hundía
su raíz negra, vieja, sangrando hacia lo Vivo.

Oh Cristo centenario, viejo Cristo en la tierra
con la savia crujiente de un bosque poderoso.
Aspera y duramente sus raíces entierra
bajo el suelo, y al Padre crece abrupto y nudoso.

Nudos, torcidas ramas. Fué ligero y liviano.
Pasó como la luz clara de un claro día.
Por el mundo fué dulce y ardiente y soberano.
Pasó lleno de gracia y verdad y alegría.

Y ahora en el bosque gime como olivo en el viento.
Y sangra y gime y cruje. La noche cruje entera.
En un bosque lejano se oye el duro y violento
golpe de un hacha en otra dulce y triste madera.

¡Oh Jerusalén triste que a salvarte ha venido
para que entre lo eterno brillaras como rosa!
¡Triste ciudad que entregas en la Cruz al Ungido!
¡Triste ciudad, sangrienta Jerusalén hermosa!

HACIA EL CALVARIO

Señor, a mi lado pasas
y yo largo te contemplo.
Vas mudo, triste. La Cruz
en tus hombros va creciendo.

Cruz en donde suena el mundo.
Hijo del Hombre cayendo
en el polvo. Miserable
hijo oscuro y polvoriento.

Hijo de la luz Tú fuiste.
Hijo del polvo te han hecho.
¡Triste del bosque que diera
savias para este madero!

Triste de la tierra dura.
Triste del amargo pueblo.
Tierra triste, tierra amarga,
tierra de sombras y huesos.

Tú pasas quedo en el mundo
cargado con el silencio.
Nadie te ve ni te escucha.
Oh mundo lleno de muertos.

Tú pasas. Deja que toque
tu blanca túnica al menos.
Tú dijiste que a los niños...
Tú pasas. Yo me entristezco.

LA TARDE DE LA ASCENSION DEL SEÑOR

Era la luz sobre la tarde,
última tarde, triste y plena.
Yo lo recuerdo. Tú ascendías.
Era la luz triste y serena.

Subías dulce y amoroso
como un envío de la tarde buena,
y a la luz serenabas, como un monte
la tarde puede serenar inmensa.

El mundo todo era un murmullo;
suave dolor, gemido era.
Ibas entre los aires delicado
bajo la primavera.

Yo lo recuerdo. Una voz dijo:
«Fue como luz sobre la tierra.»
Luego el silencio invadió el aire
iluminado de tristeza.

Desde la tierra un niño contemplaba
apagándose arriba tu presencia.
Luego miró el crepúsculo, los campos.
Pasaba un ave. Tarde lenta.

IV

SALMOS PUROS

TORMENTA DE DIOS

Yo sé que hay hombres que en la tierra
absortos van, hondos caminan.
En sus almas acaso Dios embiste
y allí descarga su tormenta vívida.

Alma en tormenta de Dios. ¡Cómo
la blanca espuma sube y choca límpida
y vuelve, insiste y dura y se abalanza,
y se amansa suavísima!

Espuma blanca y transparente.
Alma en espumas vivas.
Olas, espumas, transparencias
profundas y movidas.

Profundidad de espacio. Alma que bate
en la roca infinita.
Alma rasgada en espumosa,
constante queja. Alma partida.

Alma quejándose en el viento.
Alma en tormenta y luz divina.
Alma revuelta. Alma con furia
de amor, desesperada en la luz lívida.

Pero quietud allá en el fondo.
Allí reposa Dios y se ilumina.
Calma de luz. Hondo descanso.
Desde allí ascenderá la paz un día.

ALMA DORMIDA

Con la tristeza voy por los caminos,
por la tristeza, por la tarde.
Todo se dora al sol que arriba vive,
en el fondo puro del aire.

La llanura es inmensa. El aire, inmenso.
Todo callado y fulgurante.
Miro hacia adentro. El alma, triste,
allá en el fondo, inmenso, yace.

Un otro sol la alumbra débilmente.
Un sol que está apagándose.
El alma sueña quedamente inmóvil
y la acaricia un aura suave.

Tal vez la última caricia,
la última brisa que se expande.
Por eso triste caminando
miro el sol puro de la tarde.

Alma dormida allá en el fondo.
Alma que duerme y que no sabe.

SALMO TRISTE

Cuando Tú pasas todo el bosque
parece que se alza y que se espesa,
pues todo Tú virginal hueles
como una crepitante y pura selva.

No. La ciudad no puede ya sentirte
en tu terrible y virginal belleza.
¡Oh larga catarata blanca y pura
de tus cabellos que te cubre ciega!

Por el medio del bosque, en las montañas
vas silencioso como la tristeza.
Pasas buscando amor, dulce y sombrío,
y a nadie encuentras.

Sólo las fieras olfatean el aire
ante el espeso olor que en todo dejas.
Tú pasas solitario porque el hombre
perdido está en ciudades de tinieblas.

No me abandones a los hombres tristes.
Mira a tu hijo y llévame a la selva.
Déjame acompañarte en tu camino.
Iremos juntos bajo la tormenta.

Iremos juntos caminando. A veces
apoyaré en la tuya mi cabeza.
Dulce me mirarás y tristemente
como una pura tarde inmensa.

EL DIOS NOCTURNO

A solas con mi Dios nocturno, a veces
me hundo en la noche, en el tranquilo reino.
Reposo entonces, y lo oscuro brilla
en el fondo del alma, junto al cielo.

Silencio puro. Mi Señor reposa.
Quietud solemne. Todo el fondo quieto.
Inmenso, Dios descansa sobre el alma
que le adora allá dentro.

Siga el reposo hasta que venga el día.
Con paz honda a tu lado, inmóvil, velo
tu celeste callar apaciguado
dentro del alma, en el silencio.

Oh oscura noche grave, oh Dios nocturno
que vas pasando por el alma lento
para después amanecer con clara
luz, con sonidos claros, claros vientos.

Pero siga el reposo y la nocturna
luz de la luna sobre el grave sueño.
Allá en el fondo calla el hombre, y se alza
la noche de los Cielos.

CANCION HACIA LA LUZ

¡Por qué no he de ser aire
sobre la luz que vuela,
como esas aves puras
que tienen, sin que sus alas lo sepan,
un hálito de fuego entre sus plumas
que les impulsa hacia la luz secreta!

Sobre el mar en la noche,
sobre ese enigma extraño de agua negra
que cubre pozos yertos, silenciosos,
sin almas —vuelos, luces—, sin estrellas,
¡por qué no ser temblor,
ser cuerpo misterioso que cayera
como una rara claridad de pronto
sobre las aguas asombradas, ciegas!

¡Ser aire rapidísimo
extendido en la luz de cielo a tierra!

BUSCANDO LUZ

¡Ser un instante luz, sólo un instante!
Sopla y enciéndeme, Señor, cual árbol
resplandeciente entre la noche oscura.
Mira mis verdes que se extienden largos,
mira mis ramas de quejidos: crecen
en la noche, tu fresca luz buscando.

Baja, Señor, y sopla entre mis frondas.
Tóquete yo con mi pequeña mano,
con mi pequeña sombra triste. Soy
un niño sin descanso.

Mi corazón golpea contra el tuyo.
Un débil junco puede ilusionado
golpear un gran sol, un mar de tierras:
¡Heme aquí golpeando!

¿Y no responderás a un niño? Mira
cómo hasta ti levanto mis dos brazos
queriendo reposar sobre la hierba
de luz de tu regazo.

Baja, Señor, y posa tu caricia
en mis cabellos de la tierra, amargos,
y deja un surco luminoso en ellos,
un reguero de cielo dulce y largo.

IMPULSO

Este fulgor del alma, esta ternura
que me nace en el pecho y que me eleva
en ascensión de pájaro que lleva
fuego en sus alas, gracia en su premura,

tiene la luz incierta, la hermosura
arrebatada y dulce que Dios nieva
para que yo la sufra y me la beba.
Pero antes Dios, el mismo Dios la apura.

Soy pájaro y temblor. Estoy desnudo
entre el estío de la gloria agudo
que pasa por el alma y la encandece.

Tengo fuego en mis ojos y en mis venas
y conservo mi hueso humano apenas.
Oh plena gracia de otra luz que crece.

CANCION EBRIA

Como un cuervo furioso, como un muerto furioso
diariamente me hundo en tu cuerpo y tu vida
a beber esa sangre que como un río hermoso
a la sombra terrible y a la luz nos convida.

Sedientamente meto mi cabeza en tu seno,
allá en lo oscuro y fuerte, allá en lo cierto y duro,
y salgo ensangrentado, ebrio de sangre, y sueño
como sangre que choca sordamente en lo oscuro.

Salgo ronco de amor y vivo y moribundo,
y voy dejando un rastro de ti, oh único Vivo,
y con sangre de Dios goteo oscuro en el mundo
mientras camino ciego, libre, ardiente, cautivo.

¡Cómo emborracha Dios en lo oscuro del alma!
¡Cómo el alma es revuelta mezclada con el vino!
Nunca jamás reposo, ni sosiego ni calma.
¡Sólo la sangre, el viento, el fuego, el torbellino!

Ah, cómo veo entonces tu gran desasosiego,
la furia de tu boca de amor y de ventura.
Voy hacia ti y me hundo entre tus labios ciego.
Te beso con relámpago dentro de tu negrura.

Oh la eterna, la súbita, sombría llamarada.
Oh el rojo fuego que hacia Dios desemboca.
¡Ser llama que devora tu mano ya abrasada!
¡Ser boca, cielo, rayo en tu abrasada boca!

DIOS EN LA TARDE

A Emilio Sanz.

Estoy triste, Señor. La tarde pesa
gravemente en el alma.
Y es que Tú estás tendido sobre el cielo,
sobre la inmensa calma.

El aire un brillo a veces de ti tiene.
Un fulgor puro acaso le resbala.
Triste es la luz que de ti sólo lleva
una apariencia iluminada.

Triste es la luz. Tú sobre el cielo
y yo en la tierra ajena y vasta.
Miro los aires transparentes.
Miro los cielos que no acaban.

Tu esencia invade largamente
la luz final, tarde pausada.
Gravita el aire, fulge duro
con grave acento de montaña.

Aves absortas beben luces
que de tu seno, Señor, bajan.
Ebrias remóntanse veloces
sobre la tarde alucinada.

Se va la tarde larga y lenta.
Sus luces últimas se apagan.
En el fondo del aire se ilumina,
última vez, tu forma clara.

ETERNIDAD

Oh Padre mío del azul, Tú sabes
que mi alma diariamente a Ti te busca,
que mi alma se desnuda y sale, y clama
por la belleza largamente tuya.

Tú sabes, oh, Tú sabes que aquí muero,
que un niño muere entre la tierra oscura
Sólo tu amor que resplandece puede
levantarme en la noche como luna.

Levantarme a tus cielos con tu mano,
en tu secreto hundirme y luz profunda,
para lanzarme luego a las estrellas,
brillando igual que una montaña pura.

Inmenso cual tu amor mi cuerpo quede.
Vivo y eterno y lúcido y sin bruma.
¡Cante, Señor, perpetuamente cante,
ruede en tus aires, gire en tu hermosura!

SALMO DEL SOLITARIO

Con tu beso de amor estoy marcado
como una espada y un destello
en mi boca por siempre. Yo te amo
aquí, asediado, en tu fulgor ardiendo.

Los hombres no me aman, no me aman.
Ya no me aman por que a Ti te quiero.
Sólo contigo estoy, oh Dios; contigo
como con un caliente bosque inmenso.

Ya no me aman porque Tú has bajado
y en mis brazos dejaste un ancho cielo,
y estoy sobre la tierra solitario,
erguido, sosteniéndolo.

He crecido de pronto. Alzado estoy.
Una montaña entre mis brazos tengo.
Te tengo a ti, Señor, y te levanto
con mis dos manos junto al firmamento.

Aquí estás. Aquí estás. Tenme así siempre.
Un río de dicha baja hasta mis miembros
cuando contigo meto mis dos puños
desgarradoramente, allá en tu reino.

LA LUZ DE DIOS

Dios está entre los aires vivo y puro,
pero durante el día
su presencia de luz se desvanece
ante la claridad que dulce gira.

Cuando llega el crepúsculo,
lenta aparece en la vibrante cima
de los aires su forma en resplandores,
su presencia purísima.

Hace falta la noche para verte
entero, oh Dios. Entre la noche viva
quiero tenerte, ver tus ojos puros
que lucientes me miran.

Mucha noche hace falta en las estrellas,
pero más en el alma se precisa.
Mucha noche hace falta
que caiga grave en su honda mina.

Tu aparición entonces sobre el cielo
del alma en vasta noche oscurecida,
allá, en el más profundo firmamento,
luce hondamente y sin medida.

Tu luz descende clara,
trémula, pura: el aire se ilumina.
Toda mi alma en el amor se empapa
y tiembla, y brilla.

Oh alma traspasada,
bebes luz que descende, luz divina,
y te levantas sosegadamente
y oreas a Dios como una brisa.

Dios en la brisa. Puros cielos limpios.
No existe el mundo. Espacio sólo brilla.
El alma llega, toca, pasa, gime
de amor, y se retira.

Dios hecho luz cubre los cielos.
Tú ya no existes, alma mía.
Sólo el espacio iluminado.
Sólo la luz se extiende límpida.

PRIMAVERA DE LA MUERTE



A Bartolomé Lloréns.

1

ELEGIAS DESESPERANZADAS

I

TRES POEMAS SOBRE LA MUERTE

1

Hay veces que los hombres tristemente
a la muerte cantamos.

Allá en el esqueleto está escondida,
dura, fija, aguardando.

Pero los hombres nunca saben.
La muerte flota entre sus labios,
y mirando los cielos transitorios
hablan de amor y eternos cánticos.

Mas el hueso en el fondo de sus vidas
espera tierra y muerte sin descanso.
Está tranquilo, porque luz no habita
su funeral reposo milenario.

Yo sé lo mismo que los huesos saben
y miro, sin embargo,
el viento puro, y sin tristeza
suspiro en él, y algunas veces amo.

2

Sólo los huesos son eternos.
La muerte son que espera su reinado.
La muerte que se sabe victoriosa
allá en su fondo solitario.

Los huesos son antiguos. De su origen
nada sabemos los humanos,
mas hundido en el cuerpo nos habita
lo que seremos bajo el campo.

No la semilla de los vientos
ni la alegría de lo iluminado,
sino un duro esqueleto indescifrable
de irredenta mudez bajo los astros.

Quizá los huesos fueron roca,
montaña, río, fuego o valle
antes que el hombre hubiese aparecido
como un dolor bajo los aires.

Por eso el hueso es el deseo
de otra vez ser pura extensión sin nadie,
y allá dentro parece un duro otoño,
un triste otoño inexplicable.

Pero los huesos mandan su ola lenta
hasta los ojos, que no saben,
y creyendo de dicha su alba espuma
morimos bajo el cielo interminable.

II

Tiene la tierra hombres que no aman,
seres que no te aman tiene,
y tú te das inútilmente al mundo
con ademán celeste.

La tierra tiene muertos, hombres crudos
que pasan, van, caminan, vienen.
Y tú eres vivo, pero quedas triste
tu claridad tendiéndoles.

Me hace llorar verte en el mundo,
verte pisar huesos crujientes,
sombras oscuras, hombres que te niegan
cual blancos huesos crueles.

Inútil esperar, ángel sin dicha.
Tu luz es demasiado ardiente.
Ellos nacieron para los sepulcros.
Tú para un cielo luminosamente.

Mas la tierra no es cielo, nunca es cielo
ni claridad, y piedad jamás tiene.

La tierra es cruda como muerte. Y muertos
ha de llevar en su seno caliente.

¡Furiosa tierra cálida!

¡Oh madre de la muerte!

El mundo rueda, cruje.

Tumba terrible, en el aire se enciende.

Alzas tus brazos en vano. Te veo

trágico alzando el claror inocente.

Pero tú vive. Solitario y único

con tu luz pura a los muertos envuelve.

¡No quieras ver esos blancos cadáveres!

¡No quieras ver esos huesos lucientes!

III

Alegre soy: mi alma está desnuda.
¡Vedla dorada por el sol!
Es vuestra, amigos. Sólo quiero
que me queráis. Tomadla. Yo os la doy.

Amigos míos: sé que a vuestro lado
he de pasar sin que sepáis mi amor.

... A las aves y al viento daré el alba
que brota pura de mi corazón.

IV

Eres feliz. Saber no quieras
lo que brilla en los ojos humanos.
Sonríe tú como mañana fresca,
como tarde colmada en su ocaso.

Porque eres eso, sí: la tarde pura
en que a veces yo mojo mis manos,
en que a veces yo hundo mi rostro.
¡La tarde pura en su placer dorado!

La savia dulce de la primavera,
toda la luz de la tarde en un cántico,
sube entonces feliz y presurosa
desde tu corazón hasta mis labios

V

Vosotros, hombres, pesáis duros
sobre tierra con cuerpos inclementes,
con muertos cuerpos de materia ciega
donde empieza, total, la muerte.

Graves pesáis: la tierra no es luz buena.
Por eso vais, odiáis con duros dientes,
morís mientras la tarde se redime
de vuestros cuerpos crueles.

Yo me redimo en las regiones puras.
en regiones de luz mi forma crece.
Llena el espacio, clara reina
entre los aires transparentes.

VI

Escúchame. Escucha esta voz triste.
Déjame que te hable piadoso,
porque mucha tristeza es la que tengo
viéndote madurar bajo el otoño.

Yo como tú creí en la luz, y ahora
niego que exista luz sobre nosotros.
Existe muerte. Luz es un fantasma.
Existe muerte y abandono.

Escúchame, muchacho. Yo te hablo
con lenguaje de monte antiguo y bronco
por donde mucha lluvia fué dejando
su sabio estigma silencioso.

Tengo el dolor de muchos cuerpos
que la tierra pisaron con trastorno
y un día se tendieron para siempre
a escuchar a otros muertos, en reposo.

Tengo el dolor que tú tendrás mañana
envuelto en un crepúsculo remoto.

VII

Muchacha dulce : no me amas.
Tú no conoces mi figura,
mi triste rostro que lejano vela
tu faz borrosa entre la lluvia.

Muchacha dulce : aquí en mis ojos
brilla un otoño que rezuma
oro de amor, de amor por ti que tienes
entre tus manos una aurora púrpura.

Soy como tú. Soy como tú. ¿Me oyes?
¡Soy como tú! ¡Oh, no me escuchas!
Mira, mira mi amor... ¡Cómo me brota
del corazón este alba rubia!

Tómala para ti. Yo no la quiero.
Es para ti. Tómala. Nunca.
Hacia el azul sube amorosa
y allí, tristísima, se alumbra.

VIII

Yo iba contigo. Tú con tristes ojos
parecías la luz de la mañana.
Al verte triste, en la tristeza,
mi amor se iluminaba.

Y yo te quise más. Te quise, quise.
Mi cariño en sus brisas te oreaba.
Tu cabello llevado entre los céfiros.
era también como brisa del alma.

Eras también como brisa en la brisa.
¡Qué claridad rumorosa mis ansias!
¡Oh transparencia vital que encendía
toda mi vida cual fuego en luz blanca!

De mi alma entonces salía el perfume
agreste y fresco de la madrugada.
Allá dentro, por dentro, qué pura
la caricia amorosa del alba.

¡Qué delicadas nubes se encendían
y qué irisadas aguas!
El mundo era el sonido
y en mi interior sonaba.

IX

Yo te quise, te quise.
Mi inocencia te quiso. Con tristeza
recuerdo que en tus ojos vi la tarde
candorosa y sin tregua.

Yo te quise... Te quiero todavía.
Pero tú pasas con la indiferencia.
Para siempre, por siempre, amada, tristes
mis ojos te recuerdan.

Tú no me conociste. Yo era puro,
cantaba alegre entre la luz inmensa.
Hacia tu corazón iba llevado
por dulces aves de la primavera.

Apoyaba otras veces en tus hombros
calientes, suaves, mi inocencia.
Mi alma no viste. Si la hubieras visto
otra distinta fueras.

Aquí en la tarde yo te veo
pasar hostil y sin clemencia.
Vas dura con tu sueño amargo y triste,
ingrato sueño que el amor te veda.

X

Algo en mi sangre espera todavía.
Algo en mi sangre que tu voz recuerda.
Pero no. Inútilmente yo te llamo
entre la primavera.

Ven hacia mí. Mírame triste y solo.
Es para ti esta aurora dulce y fresca.
Son para ti estos pájaros alegres
que por los aires vuelan.

Oh, qué encendida el alma
en su secreto puro, si vinieras.
Sin esperanza, entre la luz del día,
mi voz te llama en su tristeza.

XI

Pasabas por el mundo claramente
como el viento. Decías que me amabas.
Yo te quería. Rozabas mi frente
con el amor que en tus manos llevabas.

Volaban nuestras almas, se querían.
Se juntaban acaso entre los cielos.
Aladamente iban y venían
olas felices y claros anhelos.

Nunca tristeza el amor enturbiara.
¡Oh, más allá de la dicha era el mundo,
eran los besos de mi boca, para
el cuerpo amado en la dicha errabundo!

Vivía el mundo en la clara corriente.
Lluvia de dicha del cielo caía.
En la lluvia calado ciegamente,
libre, inmortal nuestro cuerpo reía.

XII

Yo te veo allá lejos solitario
en el crepúsculo de otoño
erguido y dulce como llama blanca
que acaricia las brisas, misterioso.

Yo te veo allá lejos transparente
como otra brisa de los cielos solos
que orea los espacios invisible,
aves llevando en vuelo delicioso.

Yo te veo allá lejos, y no digo
que vengas a orear mi triste rostro
porque acaso tristeza mancharía
la paz feliz del vuelo vagaroso.

¡Sigue volando transparente!
¡Sigue invisible y sin sollozo!
Canta en los pájaros alegre,
feliz, sin muerte, como un claro soplo.

XIII

Te he dicho que los hombres no contemplan
el puro río que pasa,
la dulce luz que invade las riberas
cuando fluye hacia el mar el agua casta.

Te he dicho ayer... Y yó te veo ahora
fluyendo dulce hacia la mar lejana,
mientras los hombres ciegos, ciegamente
se embisten con furor de piedra helada.

Con desolada luz vas olvidado,
pero yo te contemplo, agua irisada,
silente amigo, y veo mi figura
triste, mirándose en tus aguas.

Amigo mío solitario:
esto te digo mientras pasas.
Repite luego mi voz triste
allá en las rocas desoladas.

Porque has de ver tierras estériles
y muertos sin remedio ni esperanza.

XIV

Aquí desnudo en el desnudo monte,
sólo verdad os hablaré a vosotros.
Aquí sé de la vida lo que el viento :
que todo sin remedio es triste y solo.

El viento sabe. Vieja tierra sabe.
Muertos le han dado su tesoro.
Por la tierra y el viento muertos hablan.
Así mañana hemos de hablar nosotros.

Estaremos por siempre solitarios.
Tristes por siempre y sin retorno.
También como a la tierra irá llenándonos
lenta desolación, sombra, despojo.

No cruzará la dulce primavera.
Nunca la luz ni el viento rumoroso.

XV

En vano miro allá sobre los montes
flotar las almas de los que me quieren.
En vano efluvios de esas almas llegan
a acariciar mi frente.

Sí, yo los amo, pero aquí estoy triste.
Mi corazón como la luna enciende
una tristeza que es eterna. Nunca
la arrancarás. No puedes.

Sólo un instante entre mis manos tuve
un secreto fugaz de ala celeste.
Sólo un instante el hombre puede alzarse
hasta la vida que no muere.

Más allá de las nubes no hay tristeza.
¡Oh, contemplad la claridad indemne!
Vedla brillar arriba. ¡Vedla,
feliz, sin muerte!

Y quedad tristes en el mundo viendo
cómo el amor allí puro se enciende.
La tierra nunca brilla. Va por eso
en los aires rodando tristemente.

Vamos rodando. A veces primaveras
atravesamos un momento alegres
y nuestro corazón se pone dulce.
Luego se apaga irremediablemente.

XVI

EPITAFIO

Aquí te quedas en la tumba.
Eras un tallo de sol claro.
Cuando la luz habías nacido
Como la luz, iluminado.

No te apagaste con la muerte :
rayo de sol tibio y dorado,
reposarás bajo la tierra,
su entraña fría iluminando.

Acaso luego en savia has de subir
dando el aroma suave a un árbol.
Parecerá que en el misterio
la primavera lo ha tocado.

Desde la copa melancólica
te asomarás a amable espacio.
Yo miraré sobre las ramas
la luz del triste y del lejano.

XVII

Yo niego, niego que los hombres vivan.
Vivieron antes de la tierra inerte
como un polen secreto que vagaba
entre una astral primavera caliente.

Polen que fué cayendo de los astros
hasta la ingrata tierra, donde pierde
toda la luz que abierta se esperaba
como otra vida más completa y leve.

Mas el hervor del bosque aun se adelgaza
en la garganta del adolescente.
Se hace puro sonido delicado
y en primavera se devuelve.

Pero luego la voz es triste. Ha visto
el fondo oscuro del amor ardiente.
Ya no devuelve primaveras
quien contempló la ciega muerte.

Después se mira el azul delirante.
Se ven allí los pájaros alegres,
y en sus trinos se escucha la armonía
que se ha perdido para siempre.

XVIII

Por un instante fuí la brisa
tersa y desnuda en el espacio.
Con ilusoria luz fuí por el mundo
pidiendo amor a tristes labios.

Fuí esclava luz de aquellos cuerpos.
Leve rubor que nace alado,
que vibra alado, que acaricia
frente, cabellos, torsos, brazos.

Iba el rubor, dulce insistía.
¡Cuán tibiamente delicado!
Almas ponía del color
suave, encendido del ocaso.

Pero los cuerpos no supieron.
Siempre los cuerpos rechazaron.
Y aquella brisa lentamente
fué su color leve apagando.

Brisa que fuí. Brisa que quiere
ir todavía por los campos.

XIX

Viviré eternamente entre vosotros,
seres que un día me adorasteis:
jamás la luz fragante se marchita
ni el viento dulce, rumoroso y grande.

A vuestro cuerpo llamará la tumba.
Por eso triste veis la luna suave
y no hay ya luz para vosotros, ni albas,
ni céfiros, ni aves.

Pero yo os amaré. Sobre el sepulcro
he de pasar como luz suspirante.
Con ala pura he de rozar la tumba
de vuestros cuerpos adorables.

Tal vez penséis: «La primavera viene
para feliz trastorno de los árboles.»

XX

En mi sangre quizá llevo mezclado
el cielo azul de las nubes ligeras.
inconsútil espacio deleitoso
en donde la luz reina,

porque allá por el fondo de mi vida,
cual blanca luz que delicada tiembla,
a veces pasa, con secreto dulce,
toda la errante primavera.

XXI

Hay algo en mí que no prohíbe el viento
cuando una mano de los cielos sale
invisible, y me toca el alma toda,
que vibra en tibio son de arcángel.

Entonces sueño, y lo sonoro
se abre en el alma inacabable,
mientras siento en mi vida el error dulce
de ser llevado por las aves.

XXII

Todos los años por mi vida
una vez cruzará la primavera,
y yo me iré cargando de luz dulce,
de notas dulces y ligeras.

Despojándome iré del cuerpo triste,
del hueso triste, de la forma ciega,
y luego un soplo ha de llegar que arranque
toda la música arcangélica.

II

ODAS CELESTES

I

No cantaré, no, la tristeza.
No puedo, no. No he de cantarla,
sino alegría que me sube
en una ola dulce y casta.

Me desarraigo de la tierra.
Voy como un sueño sin mañana.
Vivo en el aire, transparente.
Rozo en los vientos las montañas.

¿Quién puede verme si deliro
como la suave luz del alba,
tocando leve el ancho cielo,
su ancha tersura delicada?

Vedme animar los bosques puros
y susurrar entre las cañas.
Sonido soy tan sólo, dicha
para las verdes, frescas ramas.

I I

En este reino yo respiro.
Bebo cariciás, dulces auras.
El aire es la delicia que me envuelve.
Cantáis vosotros en mi alma.

Sois el amor: nubes silentes,
región de luz y bienandanza.
Soy el amor: voy con vosotros.
Canto con gloria en vuestras alas.

Aéreamente vivo, voy errante.
Otra región de luz traspasa
mi corazón. No vivo: canto
desvariando en dulces ansias.

Amor, amor: voy con vosotros.
Amigos no: sois luces claras.
Amor, amor: os acompaño.
Reina la luz tibia y fantástica.

III

Oh frescos seres inocentes :
os llevo en aires delicados,
os acaricio leve, leve.
Venís conmigo en luz, fantásticos.

No, no me veis. Soy invisible,
casi un suspiro en vuestro labio,
una caricia en vuestra frente.
Vais en la brisa trastornados.

Venid, venid. Oh, venid todos.
Os levifico suave, os rapto.
Venid, venid: seamos la brisa
que corre tersa por el campo.

¡Más, más, oh más: formemos cielo!
Entre la luz nos confundamos.
Vayamos libres frescamente
como un clamor tornasolado.

I V

Soy del espacio. Si vosotros
veis una forma que se aleja,
un alto rastro de caricias
que entre las frescas hojas juega,

si alta miráis en las regiones
celestes rauda primavera
que en vuestras frentes tristes, dulce
por un instante una luz deja,

es que me veis pasar etéreo,
dulcificando a mi presencia
la tierra agreste, las montañas
a quienes doy la luz serena.

Vedme: yo paso, juego, miro
con celestial clarividencia,
y sigo el vuelo vaporoso
por la región de mi alma etérea.

Para vosotros, seres tristes,
vendré otra vez con luces nuevas,
nuevos perfumes, nuevas notas,
como una nueva primavera.

V

EL BOSQUE

En la región del vivo cielo
existen dulces bosques santos.
Troncos de luz brotan, aspiran
con un sonido suave y largo.

El aire todo melifican.
Bosque de luces encantado.
En el gran bosque transparente
todas las brisas, susurrando.

Todos los seres son sonidos
en el aéreo bosque en cántico.
Yo también paso con suspiro,
tenue, sin forma, murmurando.

Todo en el bosque vuela sin sosiego.
Todo invisible. Todo alado.
Todo no existe. Todo existe
como un delirio en el espacio.

VI

Soy el susurro de la vida;
en vuestro labio canción ebria
cuando el amor iluminado
sentís brillante en vuestras venas.

En el espacio transparente
vago en murmullo sin tristeza
y voy dejando en vuestro cuerpo
ardiente llama de luz fresca.

Del reino puro de la luz
viene feliz mi forma trémula.
Sólo un instante, a vuestro lado,
pasando voy sobre la tierra.

Como un delirio desasido
voy con la dulce primavera.
Luego con ella marcharé
a otra región vital y aérea.

VII

I

Despejo el cielo libre y puro
cuando pasando por él canto,
y una corona azul inmensa
siento en mi sien de dulce espacio.

Oh, nunca pesa gloria dulce
sobre la testa del alado.
Oh, no, jamás, nunca fué grave
la luz de un cielo limpio y manso.

Pero vosotros, hombres tristes,
no me veréis en gloria alzado.
Mas yo os envío claridades
a vuestra sombra, sin descanso.

Miráis los cielos, y sin verme,
alguna esencia trastocado
os deja el corazón que tenéis triste
y para siempre solitario.

2

Algo quedó encendido en vuestras almas.
La claridad abrió su rastro
y hacia los cielos puros, tibios,
alzasteis luego vuestros brazos.

Sobre la inmensa superficie
del cielo azul visteis el blanco
paso sin forma de una ingrátida
aparición de alegre cántico.

Hacia la vida os convidaba,
hacia los reinos del ocaso
que limpios, dulces, para siempre
en donde estoy se encienden castos.

Intentasteis el vuelo presuroso.
Os contemplé en clarores inundados.
Casi volabais ya: mas no pudisteis.
Lejos quedasteis apagándoos.

III

ODAS ELEGIACAS

EL SOPLO DEL OTOÑO

El viento del otoño sepla.

Adolescente aún, oigo su música oscura.

Habla su voz como la boca de un muerto,
y yo atónito escucho.

Tal vez van en el viento los muertos invisibles,
los muertos centelleantes.

¡Oh, qué triste es el viento del otoño dorado!

Por eso a veces absorto veis mi rostro
acariciado por los desaparecidos.

Ellos susurran en el oído del adolescente
lo que se puede esperar de la vida.

Y pasa el viento dulcemente
por el alma y la dora de tristeza.

El viento suave por el alma pasa
y allí arranca un sonido como en mágica flauta melancólica,
mientras delgadamente, en soplo puro y misterioso,
tal vez los muertos la atraviesan.

¡Qué fácil es para el adolescente perderse en el viento,
perderse en la voz de los muertos que pasan!

EL ADOLESCENTE

¿Habita acaso la luz en el alma del adolescente?
Ah, yo os diría de los rumores que la pueblan,
de remotas lluvias ancestrales que resuenan de nuevo
en ella, sí, calándola hondamente.

Lluvias de hace mil años mojan
la delicada forma espiritual,
y se escucha el rumor de un bosque ya desaparecido en el
tiempo,
pero que allí prolonga su sonido.

Ved el viento delgado que pasa entre las hojas
de remotos árboles que fueron puros
y un hacha luego destruyó. Resuena
ahora también el hacha lúgubremente.

Aun la madera triste suena en el viento
proclamando el reinado de la vida que perece.
Mas los seres remotos que la escuchan, ¡ay!, pasan
creyendo oír la flauta de la dicha.

Cruzan los hombres enamorados del imposible eterno.
Resuenan sus pasos con la firmeza varonil,
mas de pronto se escucha un golpe seco. Luego
el reposar sombrío de los hombres,
bajo tierra perdidos para siempre.

Todo pasa, mas todo existe de pronto en el alma del que estre-
na la vida.

¡Cuántas ahogadas esperanzas,
cuántas auroras tan necesarias para el corazón
se revuelven en el fondo del espíritu adolescente como que-
riendo surgir,
intentando la vida que apareciese como nueva luz
en el azul ojo profundo del que comienza la existencia!

Y por eso la añosa presencia de un olivo
que pretende anunciar la eternidad de la tristeza
oculta está en la pupila absorta del joven puro.
porque muchas pasadas glorias y dolores dan su alimento
a la vieja sangre del árbol sabio.

Pero si la centenaria rugosidad del olivo
existe allí, en el ojo adolescente,
vemos sólo la flor pura que lo cubre de candor,
y llega a nosotros la bondad de un céfiro
y decimos: «la dicha existe aún».

ADOLESCENTE EN EL OLIVAR

No escuchéis como yo la queja sombría
de los viejos árboles del olivar
cuando el viento remoto azota su arrugada corteza
donde el tiempo grabó su angustiado anochecer.

No escuchéis, porque hay muertos debajo de la tierra,
y el olivo sediento bebe implacable
la amargura del hombre que sin consuelo bajo su planta trazó
los signos del dolor en el trabajado contorno del árbol.

Es la palabra melancólica del enterrado lo que se oye en el
lento atardecer del olivo,
es la voz triste del que pasó cual nosotros ahora,
con el amor en el corazón suspirando,
y escuchó en el poniente tranquilo
la música de la luz aconsejando eternidad.

Hoy bajo tierra sabe que nada existe,
y el olivo lo dice con un murmullo.
Escuchad. No escuchéis. Mas lo oigo:
«¿De qué vale la luz un momento?»

«¿De qué vale la aurora si sólo
es la apariencia de lo perdurable,
y la flor delicada que muere en el día es compendio
de lo que importa la existencia?»

«Ved al mundo cruzando el aliento de Dios. Es entonces
por un instante solamente
primavera mortal lo que vive,
y las almas se encienden de dulces secretos
cual atmósferas inefables.»

«Todo perdurable parece. Los aires atraviesan
por una ráfaga de éxtasis mágico,
y todo trastornado reina como un inmortal deseo :
el mar, el monte, el valle, la feliz pradera.»

«¡Cuánta felicidad cabe en el corazón en un viento fugaz!
Porque eso es la vida: un viento que huye extinguiéndose,
y la montaña que llaman los hombres eterna
mortal es, mortal es, cual la luz y los cielos.»

«Todo se evaporará. Todo será un hueco triste,
una ausencia de nosotros, seres poblando la vida,
con deseos y esperanzas en el corazón
y con la muerte entre los brazos.»

SINFONIA DE LA MUERTE

Si es que pudiéramos ver a la muerte algo sabríamos.
Algo nuestro ojo vería en el verde de los árboles,
en las plumas de las aves, en el corazón del viento,
en la montaña, en el río, y allá en el fondo del alma.

Quizá en el adolescente primavera sólo habría,
primavera de la muerte llena de notas ligeras,
de acordes primaverales y de efluvios delicados.
¡Verde rama, alegre tronco con flores blancas y azules!

Bajo el cielo de la muerte el adolescente reina.
Alza su mano esencial con inmortal signo alado,
y aunque sabe que es mortal todo lo que su ojo abarca
sonríe, porque la muerte le da sus vitales dones.

Pues de la muerte han nacido los cielos claros y azules,
los pájaros, las fragancias y las tempranas quimeras,
los ríos que se desatan ligeros como la luz
y el contenido armonioso de las venturosas almas.

Sólo de la muerte nace todo lo que claro vemos,
y la muerte en el muchacho es tenue como la espuma;
primaveral es la muerte llena de alas y de trinos,
de felicidad que vaga con un aroma de dicha.

Pasan olas invisibles que inefables signos llevan.
Olas de la primavera sin designio a la deriva.
Primaveral muerte alada vestida sólo de gloria
a los ojos añorantes del adolescente erguido.

¡Cuántos años embriagados bajo azul sonoro, alegre!
¡Cuánto soplo, cuánto céfiro, cuánto abandonarse dulce!
¡Cuántas alas, vuelos pasan siendo sólo una caricia,
cielo sólo, bajo el reino de la invicta muerte clara!

Mas el tiempo avanza, y luego ya la muerte está madura.
¡Qué esperar cuando los años de los astros han caído
como polvo gris y triste que nos cubre de ceniza!
Henos diciendo : «Nosotros fuimos alegres y puros.»

«Tuvimos dulces promesas, nostalgias, dichas, quejidos.
En un aura de suspiros fuimos envueltos, en olas.
Todo crecía, pasaba como las alas de un sueño
elevando entre sus plumas amor, amor, dulces ansias.»

«Pero los años llegaron. Llegó lo triste del mundo.
Algo asomó desolado tras la cima de los montes,
y la muerte ya en otoño, desnuda de hojas y frutos,
se extendió por las vertientes e invadió el aire rosado.»

«Tan sólo el gemido queda. Nos despojamos de flores :
los aromas ya pasaron y el árbol está desnudo,
como desnudo está el viento, como desnudos los montes,
como desnuda la tierra y estéril ya para siempre.»

LAMENTACION

Sí, todo, todo ha huído, todo desapareció fluyendo tenue.
Se presiente en el aire el hueco dejado por los amables torsos
que fueron un día,
que amaron un día la luz para desvanecerse tan tristes.
tan tristes en el viento que hoy sopla.

Por eso melancólico murmuro sus nombres amados,
o elevo mis manos al cielo buscando su forma invisible,
deseando encontrar los soñados cabellos alados,
la larga sonrisa en el viento.

Mas la dicha buscar es inútil. Alzamos nuestros brazos
y fantasmales quedan en el aire sin poder apresar
la forma dulce que liviano pondría
a nuestro corazón cálidamente.

Y vamos por el mundo sabiéndonos fantasmas,
tristes fantasmas fugitivos que nada pueden poseer
porque en unos brazos invisibles tan sólo cabe el viento
y una ilusión que no florecerá.

PRIMAVERA DE LA MUERTE

Todo es la muerte, pero la muerte es traspasada por las cuatro
estaciones,
y el cielo de azul inasible, de delicado más allá,
es la eterna primavera, la dulce sonrisa de la muerte
que va en tenue pasaje y terso viento.

Ved el campo florido, el árbol verde,
la hierba que apenas es un suspiro,
la corriente fresca del arroyo feliz
bajando de la montaña tranquila.

Oh, no podemos comprender que dentro del río sereno esté
el mar ocultamente,
que en la mirada más temprana se oculte el remoto destino
triste
y que el adolescente sea también muerte
vestida de luminoso encendimiento.

¡Cuánta frescura y luminoso ámbito,
ambiente venturoso donde parece respirarse la vida
y es sólo muerte traspasada de primaverales susurros,
es tan sólo acabamiento sin posible esperanza!

Oh, yo no quiero contemplar los felices retornos
de las blancas flores sobre el árbol verde,
las aves que parecen el mensaje de la alegría,
y todo cuanto al corazón invade en la época de los felices
presagios.

Yo no quiero sentir las invisibles ondas de la dicha
que como delicada quimera
van en la primavera susurrante,
poniendo en el labio adolescente una engañada sonrisa.

Yo no quiero escuchar esos suspiros
que pueblan la brisa en deliciosa fuga,
y lloro ante los espigados seres
que van soñando como una ilusión del viento.

No quiero ver la felicidad perecedera que tornasola el rostro
del joven,
el cuerpo sin penumbra del que amanece como el día,
porque todo es la muerte en primavera melodiosa
que por la tierra pasa con inefables acordes.

Ay, el perfumado jazmín,
el naranjo que parece extraer de la tierra toda la pasada dicha
de los enterrados
y ofrecerla a los hombres como nueva alegría,
en aromas y en frutos del color del poniente.

Ay, porque pronto pasará la primavera
y veremos entonces lo que somos,
la triste desesperanza,
y la invernal muerte desnuda.

MELODIA SIN ESPERANZA

I

La música que inmortal deja la transitoria primavera
prendida en el viento, y que flota y deriva y al oído se es-
conde,

toda la puede recoger el adolescente en su flauta quimérica
cuando sin materia vaga por los bosques.

Bajo la encina reposa ya el joven, y la melodía del árbol
que suena de continuo bajo la dulce madera
baja a su labio en invisibles círculos
y en su corazón con suave sonido penetra.

Si el adolescente camina por las riberas del río
que con efluvio irreal tiene gloria de sonata
se instala en su lengua primitivamente
la música alegre de las aguas claras.

Y por eso cuando habla la lengua del adolescente sin sombras
escuchamos el sonido de una flauta lejana
que sin tiempo va nombrando las riberas,
los bosques y los ríos, las rocas, las montañas...

II

Pero bajo la tierra también los huesos de los muertos
de oscura música se cargan,
y resonancias fúnebres llegan a través del misterio
y en el corazón del muchacho suenan lentas y desoladas.

Los bosques desaparecidos entonan
un himno inmenso y triste, y muertos cielos cantan.
y la luz y los vientos mortales también dejan
su infinita queja nostálgica.

Y habla el joven y dice: «cielos puros...
alados bosques... mortales vientos... tristeza larga...»
Y todo se escucha en el suave suspiro
de una remota y triste flauta.

III

Y por eso es que en ella todas las primaveras
que sucesivamente sobre el mundo brillaran
dan primero su nota de alegre trino.

Luego su nota de desesperanza :

«Mirad las blancas nubes felices,
las ruborosas flores y las verdes montañas,
los bosques sin fatiga, los añorantes cielos,
los límpidos espacios y las rubias mañanas.»

«Ay, que la claridad es engañosa,
tristes los sueños y no existe el alba.
Ay, la esperanza y la dicha,
el comenzado anuncio de que la luz acaba.»

Acaban los espacios, acaban las riberas,
acaban los ensueños y las puras nostalgias.
Sólo la voz se queda que dice para siempre
el signo doloroso de los sin esperanza

que tuvieron deseos e incumplidas promesas,
dulces desasosiegos, efluvios, resonancias,
transparencias absortas, misteriosos presentes
y arcangélicos sueños junto a inocentes ansias.

I V

El mundo ha sido alegre. Como el rubor se encendía.
Valles de fresca sombra que al sol feliz se doraban.
Hoy sólo queda un vacío que gira como la ausencia
y la voz y el acorde de la desesperanza.

ODA PRIMAVERAL

Con la primavera celeste que errante va por las estrellas
vago abandonándome sobre sus ondas tenues.
Floto en la primavera, y ella me lleva
donde jamás han de llegar los hombres.

Sólo el perfume me acompaña.
Espirituales flores se abren absortas en el aire encendido
No pétalos las forman, sino un alma de pétalos
que tiembla y gime largamente.

La primavera ondea cerca de los astros.
También yo ondulo llevado por una brisa,
y feliz sueño sin materia como otro hálito primaveral,
y entre lo delicioso bogando voy, bogando voy.

Se perfuman las estrellas si primavera pasa rumorosa,
si en silencio inefable pasa y olvida.
También entonces, como otra tierra más pura,
el cielo azul desata su ligero tesoro,
su encerrada fragancia célica,
y todo él traspasa el alma sutilmente en invisibles olas,
invadiendo sus ocultas regiones.

Ah, cómo me abandono sobre las ondas de la primavera,
donde va toda la música que en la tierra amé,
el largo sonido de los frutos de la tierra que primavera a su
paso
supo arrancar con mano melodiosa.

El ciego cariño de los hombres va con nombre de flor,
arrancado también dulcemente por la primavera celestial;
las invocaciones puras de los hombres, sus ansias promete-
dorás,
el soñado color de la aurora, el alma de todos los pájaros
que musicalmente ahora embriagan la atmósfera cándida.

Como la piedra pura arrojada por una mano divina a las aguas
azules del cielo,
voy en la primavera, mientras salen de mí, transmitiéndose
rizadas olas primaverales pausadas,
y las almas totales de las aves que en la tierra cantaron
cantan ahora sin lengua que impida
que su lenguaje melodioso abra
el misterioso velo divino.

Yo también canto mientras contemplo absorto
el vívido relámpago que lentamente descubren las aves.

La primavera pasa por los astros, rozando
las orillas del Ser absoluto.

PRIMAVERA SIN TIEMPO

A veces el adolescente iluminándose
sólo con luz de las remotas edades
siente que su alma propaga al espacio presente
su milenario ambiente encendido.

Todo retorna. ¡Mirad! Es un instante claro de hace mil años,
y el adolescente toca
con su mano de presagio inmortal
el momentáneo verde de los árboles
que erguidos existieron allá en el fondo de los siglos.

Oh, contemplad el cielo transitorio,
las laderas fugaces con su soplo de eterna siesta,
el misterioso presente feliz
cantando la eternal alegría.

He aquí la pradera y su verde sosiego,
el río y la montaña que parecen nacidos para existir sin futuro
mortal,
el claro espacio encantado
donde suspira el milagroso viento.

He aquí también otros adolescentes que inician
su intemporal reino fugaz
y marchan cantando su victoria
cargados de esperanza y vida breve.

¡Cómo se apresura la vida
en sus gargantas traspasadas por los mortales soplos eternos,
aunque allí la existencia tenga nombre de fresca corola
y dulces arpegios amables!

Oh, sí, es allí donde se purifican los antiguos vestigios
de las paternas muertes sin consuelo,
el duelo que sin nombre ha existido,
ay, para volver a encarnar sin descanso.

Pero he aquí el ribazo y su fresca sombra,
la afluencia sonora de la alegría,
el bosque de angélico sueño
y las flores vestidas con cielo delgado.

Oh no paséis, laderas misteriosas,
árboles que primaveral sentís la vida,
flores remotas, montañas, pasajeros valles:
¡nunca tengáis conciencia de que la vida es breve!

Dejadme aquí descansar para siempre,
tocando con mi mano vuestro absorto transecurso
detenido frescamente en su inicial suspiro
como el dulce resumen de la perenne caricia.

Oh, no paséis. No pase yo tampoco.
Seguid, verde pradera y blancas flores,
cielos arrulladores y campos frescos,
visitados por la gracia matinal que baja con el rocío.

Seguid, susurrad el misterio,
arroyos templados en feliz existencia,
y yo también pasando como el viento
murmuraré que la vida es dichosa.

VARIOS POEMAS

AL DIA

En la mañana de la primavera
a tu gracia suprema alzarne oso
como un dolor que a la luz se atreviera:
¡brille en la luz el reino esplendoroso!

Inmóvil mientras pasa el hombre triste,
¡brille en la luz la verdad sin mancilla!
Eres la rosa. Antes que el viento fuiste.
¡Oh salvación de fragancia amarilla!

El hombre pasa, y tu perfume queda.
Pero nosotros tu perfume amamos,
pues nuestro corazón en ti se enreda.
Engañadoramente te soñamos.

Pensaba el hombre que era eterno y puro
y se soñaba en tu hermosura un brillo,
y alzó hacia ti su canto prematuro.
Alzó su lengua y corazón sencillo.

Soplar suave con eterno aliento
engañadoramente un día te vimos.
Ardía la paz en todo el firmamento.
Te contemplamos. No te conocimos.

LOS MONTES

La tierra lanza vasto su incontenido anhelo
Eternamente pasan los vientos luminosos.
Hacia la gloria inmensa, alzados contra el cielo,
inmóviles prorrumpen los montes victoriosos.

EN LA LUZ DEL ESTIO

Bebía el viento en el alegre ayer
y fulguraba como fresco sol,
apareciendo en el atardecer.
Turbada estaba bajo el arrebol.

Era soberbia bajo el cenital
cielo que erguía turbio su placer
con la pereza lenta y estival.
Quieta hermosura en el amanecer.

Pedía vida en el vencido ardor
con la fragancia de lo juvenil,
y al firmamento alzaba su esplendor.
Era la llama del más fresco abril.

Bajo los cielos de ardorosa paz
no se podía el fuego ya extinguir.
¡Eterno espacio, desnudez vivaz!
¡Inmóvil reino para no morir!

NADADORES SALTANDO AL MAR

Vibrantes de hermosura, sobre vientos marinos,
fulgen al sol invictos, duros, tallados, ciertos.
En el amor se arrojan voraces, diamantinos.
¡Gozosos, entregados, altísimos, despiertos!

HIMNO CON ESPERANZA

Aunque el dolor me oprima la garganta,
aunque me pese el mundo como losa,
al viento yo daré mi voz, que canta
la luz perenne de la vida hermosa.

Fulge la vida, arde la vida, y arde
mi corazón que hacia la luz se quema.
¡Oh rosa abierta de frescura, oh tarde!
¡Yo cantaré tu victoria suprema!

Yo cantaré la fragante alegría
del mayo puro en su frescor alado.
¡Te cantaré vencedor, alto día!
¡Pase en la luz todo el viento sagrado!

ANTE JERUSALEN

«Esa ciudad que brilla como perla
atravesada por un día que fulge
al sol, camino triste, desolado
será, leña que cruje.»

«Hoguera grande en llamas y chasquidos.
Noche eviterna. Nube.
Polvo sagrado bajo las estrellas
que la sepulcren.»

«Atravesó la Vida por sus calles;
no conoció las luces.
¡Ha de caer al fondo como ascua
que se consume!»

* * *

Estaba hablando y tímida asomaba
la ciudad dulce.
Fondo inocente de campiña suave.
Tranquilas cumbres.

LOS DISCIPULOS

Y Tú los contemplabas, los querías. La tarde,
ancha en todo el espacio, era triste, era lenta.
Sobre las cumbres dulces un sol muy débil arde.
Un sol más fuerte y alto tu corazón inventa.

Allá lejos, al fondo, a tus pies, se extendía
el campo que Tú amaste, el cielo de tu infancia.
Caminabas despacio porque tu amor ardía.
Suavemente la tarde cedía en la distancia.

Poco a poco la sombra bajaba de la cumbre.
Todo se iba borrando muy despaciosamente,
y tu corazón claro seguía en su costumbre
de luz, de amor. La noche tocaba ya el poniente.

De pronto tu mirada, de un bosquecillo al fondo
a Pedro, a Juan, efímeros y tristes vió un momento.
En tu corazón puro se hizo un silencio hondo.
Todo mudo. Bajaba la noche. Frío lento.

DE CAMINO

«¡Miradle: es luz que nos viene!»
El crepúsculo se hundía.
Lentitud. Melancolía.
«¡Sólo tu amor me sostiene!»
Parado el aire, no tiene
sino sombra, sino hastío...
El pasó. Cuerpo sin brío,
dolor. La sombra se adensa.
Nadie ya... Noche suspensa.
Quieto el horizonte frío.

SU CORAZON

Eras. Eras. No eras. Tu cuerpo no pesaba.
Pero la luz del mundo así se engrandecía.
Sobre la noche ciega sólo un ave pasaba.
Ibas. Eras. Rozabas. Tu corazón quería.

Tu corazón quería que la luz existiese.
Bajo tanta tiniebla, ¡cómo a la luz no asirse!
Querías ser la luz que al mundo redimiese.
¡Como si en luz un sueño pudiera redimirse!

Como si de su opaca torpeza unos destellos
pudiesen arrancar la luz de un mediodía.
Ibas entre los tristes, los hombres. Como ellos,
ibas, eras, no eras. Tu corazón quería.

PALABRAS DE CRISTO EN EL MOMENTO DE LA ASCENSION

Me rechazasteis cuando vine al mundo.
Subí las crestas, descendí a los valles,
y arrebatáros de la muerte quise:
no me dejasteis.

Espumas sin amor, cuerpos sin día:
¡Nadie!
Podéis vivir. Os queda aún este mundo.
¡Gozadle!

Mas cuando acaben vuestras almas torpes,
cuando se pudra vuestra torpe carne,
aún viviré, hombres sin luz que nunca
me contemplasteis.

Sobre la muerte, sobre las colinas
donde tuvisteis vuestra férrea cárcel,
yo reinaré, en medio de la vida,
bajo los aires.

CRISTO EN EL SUEÑO

Oh Cristo, eres el blanco radiante de las iras
del hombre. Eres el cuerpo donde el hombre se estrella.
El desahoga el amor que le inspiras
odiándote, cantándote bajo una airada estrella.

El humano desea la paz sobre tu pecho,
pero blasfema y niega porque tú estás lejano.
Tu cuerpo resplandece y el hombre está deshecho.
Pasa errante su sombra por el camino vano.

Te odian con el amor. Yo lo sé. Tú lo sabes.
Los hombres que blasfeman, éstos también te quieren.
Sueñan la eternidad, miran los aires suaves.
Piden, aspiran, cantan, necesitan... Se mueren.

Se mueren de la muerte total que los derrumba.
Tú ves pasar la eterna tiniebla poderosa
que cubre los espacios como una inmensa tumba.
Sólo existe una tumba bajo tu luz hermosa.

Sólo existe una tumba, una tierra, un engaño,
una tristeza, un viento, un sonido, un minuto;
un frenesí caliente dentro de un desengaño;
un resplandor fulminante, un hueso hirsuto.

Un mundo roto en un aire clemente,
un anhelar, un tránsito, una espera,
un hombre que te sueña inútilmente
cual yo te sueño entre la primavera.

UN ROMANTICO

Sobre el pretil de un puente, solitario,
rostro amarillo y tal, un hombre escribe
a su perdido amor. (Eco engolado,
romántico, le asiste.)

Para dar el matiz de grave empaque,
requerido por trance tan sublime,
enlevitado va. Su rostro ostenta
la palidez que un acto tal imprime.

«Aquí solo en la noche yo te escribo.
yo quisiera escribirte.
Yo quisiera decirte, amada mía,
lo que nunca te dije.»

Y siguió así: «La tarde
se puso oscura cuando tú te fuiste
y el corazón se puso oscuro cuando
sin ti quedó. (Aquí tosió, infelice.)

De pronto: «Amor, amor», balbuceaba.
De nuevo: «... amor...». No más. Se escuchó, simple,
la caída de un cuerpo al río. Luego
extendió el agua, póstumos, sus grises.

MIENTRAS

Mientras la vida ofrece su corriente
limpia que entre las peñas se alborota;
mientras el labio bebe, gota a gota,
licor tan suave; mientras de la fuente

va manando el licor; mientras caliente
sube el amor que el corazón azota.
Mientras la vida brota y brota, y brota,
y brota más, inacabablemente,

yo te miro, amor mío, a quien quisiera
dar alegría, porque dulce pones
mi corazón que el tuyo entretuviera

entre tristezas y entre deserciones.
... Antes que el tiempo nuestro cuerpo hiera
y arranque a cuajo nuestros corazones.

EL AMANTE

«Ya son los campos hijos de la aurora.
Pero vosotros nunca
la veréis, desterrados de las luces,
hombres, espumas.»

«Ciegas formas sin cielo y sin camino.
Ciegos cuerpos sin luna.
No amáis. No padecéis. No sois delirio
de amor. No sois tortura.»

«Tortura, amor. Mi nombre tal ha sido.
Os quise con dulzura.
Fuí cuerpo amando. Sólo amando he sido.
... Vedme en la bruma.»

«Vedme en el aire, en sombra, entre la niebla.
Se desdibuja
lento mi ser. Me voy... Desaparezco...»
... Y con la última

palabra, se vió en el aire sólo un leve sueño,
una leve burbuja.

DESDE LA SOLEDAD

Desde aquí solitario, sin ti, te escribo ahora.
Estoy sin ti y tu vida de mi vivir se adueña.
Yo quisiera decirte que en mi pupila mora
tu figura tan leve como la luz pequeña.

Nunca supe decirte cómo tu amor es mío,
cómo yo no he mirado la realidad por verte,
y cómo al contemplarte yo me sentí vacío,
y cuánto yo he querido ser para merecerte.

Y cuánto yo he querido alcanzar, porque fuese
tu mirada orgullosa de haberme amado un día;
de haberse detenido sobre mí, sobre ese
corazón tan menudo que nadie lo veía.

Corazón tan menudo que tanto has conocido
en su mínimo acento que tu presencia nombra
y que es dentro del pecho como un leve quejido,
como una mano leve que arañase una sombra...

ESPAÑA EN LUZ

Y siempre España, donde yo ligero
corrí de niño, donde en tierra larga
y en ancho espacio respiré congoja,
respiré patria.

Honda España mortal. Tú me tuviste
hondo suspenso para el tiempo. Cándida
luz, y más dentro el tiempo en luces:
¡luz sobre España!

Luz sobre España, luz sobre la tierra
abierta a luz; en luz, desengañada.
España en luz, en muerte, en luz, en grito;
en luz, herida; en luces, sepultada.

¡España en luz, España de la muerte
y de la luz! Insolación. Luz. Patria.

NOCHE DEL SENTIDO

A mi tío C. Jacqué de Prieto.

Así como sueño e sombra de luna.

JUAN DE MENA

I

PALABRAS EN LA NOCHE

EN UN DIA SIN NUBES

Cuando decimos, Dios, que somos sombra
apenas si acertamos.

Es una cosa lo que el labio suena
y otra la realidad.

Y Tú, Señor, lo sabes; Tú lo sabes,
y Tú nos compadeces de tenernos
así; fatalmente inclinados
a interrogar, humano, nuestro sino,
y mirarnos las manos, piel, cabellos,
rodillas tercas, huesos más tenaces,
con la piedad humana que adivina
lo que está más allá de la penumbra,
y de saber que todo es sólo cuerpo,
aquello que ante Ti nos representa.

Hay otra realidad, la presentimos
cuando la noche cierra nuestros ojos
y nos permite, ya que no mirarte,
adivinarte sumo, o sea lleno
de Ti, ligero en las alturas,
no advenido, total, y no en la orilla
del ser, sino en la ola
o cúspide primera en que Tú eres,

más virginal que aurora o mediodía
sin término, más claro
que la luz que te finge inútilmente
cuando miramos con nostalgia y pena
brillar la claridad de un día sin nubes.

La primavera viene, y ya nosotros
nos sentimos inmersos en tu esencia,
pero es engaño, y pronto lo sabemos
como el toro que mira el trapo rojo
ondear, tras el cual pronto reconoce el bulto
misterioso, el humano ser que, oculto
sólo un instante brilla ante sus ojos.

Así nosotros, en los días primeros
de mayo, o en las anchas tardes
de un otoño brillante y amarillo,
escuchamos tal vez allá en el fondo
del cielo azul
el hondo mar remoto que nos suena
ya muy lejano, y luego desvanece
todo rumor, y ante el silencio sacro
quedamos mudos, permanentes, hondos,
mirando
el cielo que sin fondo se retira.

Como el despojo que en la playa deja
la alta marea, flota entre los aires
la primavera dulce, el áureo otoño,
y nosotros miramos la rosada
luz, con la nostalgia con que vemos, triste,
el resto de un naufragio esplendoroso.

ORACION DESDE AQUI

Y, sin embargo, sé que te he negado
en muchas horas; sé que todavía
te he de negar quizás y que tu sombra
me habrá de vigilar desde la altura.

Tal vez sea mi carne y la de otros,
hilada en el tejido de los sueños,
menos que sombra, acaso sólo eso :
fantástico deseo impronunciable.

Nosotros los cargados de preguntas,
los padecidos de pregunta y sueño,
tal vez no merezcamos tu presencia
final, tras la jornada que termina.

Baja la luz es ya, y en el poniente
alguien contempla una figura noble
que protectora alarga sus dos brazos
hacia nosotros; otros ciegos miran
y nada ven, y acaso aman más hondo.

Pasan los años fatigados, lentos
como bueyes en campos amarillos,
y en la llanura inmensa que se alarga
crepuscular, aún no sabemos
si toda la labor ha sido inútil.

Y acaso sea así; y acaso sea
necesario que tal consideremos
nuestro vivir, por merecer un día,
tras la fatiga entre la mar del odio
y la vacilación de Ti, mirarte
surgir feliz en medio de las olas.

AMADA, SOSTÉNME TU...

Sosténme tú... Sosténme en esta espuma,
én tan dudosa espuma, en tan extraño
vivir; en este sueño, en este engaño,
en esta incertidumbre, en esta bruma.

Pero me voy. Callada, cierta, suma,
me espera la deidad del rostro huraño,
y lentamente del vivir me extraño.
Hacia otra ley mi cuerpo que se esfuma.

Y tú, campo de amor... Y tú, levanta
tus ojos ciegos. Mírame de frente.
Yo no soy yo. Mi cuerpo ya me espanta.

Mírame bien. No soy aquél. Enfrente
está ya el mar. No soy, no soy... No canta
nada. No soy... Amor, escucha. Tente...

INTRODUCCION A LA NOCHE

(El poeta se habla a sí mismo)

I

Con la honda mirada
un día contemplaste
tu honda pasión de ser
en vida perdurable.

Hoy contemplas acaso
con mirada más grave
el parpadeo puro
de la noche sin márgenes;

el sollozo inoíble
de un arroyo alejándose
en la sombra; la mole
de la noche indudable.

II

Y sin embargo, eres.
Y sin embargo naces
como las hierbas verdes
y los nudosos árboles.

Compruebas con delicia
que existen matorrales,
y tus manos apresan
piedras de aristas grandes.

Saltas sobre los ríos,
subes desde los valles,
cantas desde las cumbres,
vives, existes, ardes.

Contemplas la llanura
crepuscular; renaces
como los campos vivos
que en la aurora son arces,
cañadas y caminos,
prados, riberas, cauces
de amor, donde quisieras
vivirte y olvidarte.

III

Y aquí estás. Aquí pones
tus dos manos tenaces.
Te agarras a las cosas:
maderas, piedras, carnes.
Te aferras a la vida
como el río a su cauce.
cual la raíz de un hondo
vegetal insaciable.

LETANIA DEL CIEGO

Soy como un ciego

RUBÉN DARÍO

Y tú que tanto amas, tanto ríes,
tanto adivinas y conoces tanto,
¿dónde el escudo para que te fíes,
dónde el pañuelo de enjugar tu llanto?

¿Dónde el camino que no veo ahora?
Dímelo o llora y el mirar suprime.
¿Es ya la noche que no tiene aurora?
Dímelo, dime.

Y sin embargo tu vivir empaña
mi vivir con un vaho que es ternura,
que es caliente rumor que me acompaña
la noche oscura.

Y sin embargo con tu mano guías
y a tientas toco lo que apenas veo
y digo acaso para que sonrías
lo que no creo.

Y toco apenas y tu bulto aprendo
y torpe sigo lo que tú me indicas.
Lo que no miro, lo que no comprendo,
tú multiplicas.

Tú multiplicas, o quizá es tu invento
porque lo vea aunque quizá no exista.
Entre la noche de mi pensamiento
dulce es tu vista.

Dulce es tu vista, tu mirar risueño
que mira un llano donde estaba un monte
y que a mi alma de temblor pequeño
llamó horizonte.

Dulce es tu vista que miró aquel lago
y lo llamaba alegre mar bravío.
Tu generoso corazón es mago.
¡Lo fuese el mío!

EL CICLON

Tú que me miras, mírame hasta el fondo.
Tú que me sabes, sácheme..
Porque falta muy poco, porque el tiempo
arrecia vendavales
que se llevan ventanas y gemidos,
besos, ruidos de calles,
este silbido agudo que ahora escuchas
en el vecino parque,
las nubes delicadas que se juntan
en los azules gráciles
y el corazón con que me miras hondo
queriendo acariciarme.

Nada puedes hacer. Nada podrías
hacer. Déjate suave.
Es más fácil así. Vayamos juntos,
llevados por el aire,
si envejeciendo en el ciclón horrible,
unidos, esenciales,
mirándonos al fondo de la vida
y viendo allí la imagen
de nuestros cuerpos paseando dulces
por huertos virginales...

Eras tan clara. Junto al aire tanto
te amé... En la tristeza grave
tú me arrancabas la melancolía
como una espina aguda de la carne;
me acompañabas en las horas puras;
me rozabas tan suave
con tus dedos sutiles, con tu dulce
modo de acompañarme...

... Fuiste como una niebla, como un vaho
de amor, como un vapor imponderable
que me envolviese en cálidas vislumbres
las duras realidades,
y que después, pasadas las aristas
crudas, me rodease
y me dijese: «—Existes en el mundo.
Ven ya hacia el mundo. Amame.»

LA CONFIANZA

Aunque de noche, dulce me es tu gesto.
Aunque en la sombra, dulce me es tu fe.
Toca leve mi mano y di qué es esto,
que no lo sé.

Toca leve mi mano, toca, encumbra
mi ser o tu presencia ante mí pon,
porque a tu lado a noche se acostumbra
mi corazón.

Dime qué es esto. Dímelo suave
como paloma que en el aire va
y sin embargo el día se hace ave
y suavidad.

Dime qué es esto. Dímelo tan leve
que a su sonido yo me dormiré
y en el sueño veré una luz con nieve.
La creeré.

PALABRAS EN LA NOCHE

Cecilia, dulce amiga, hoy yo quisiera hablarte
con la verdad que nace de un corazón pequeño.
Decirte cómo un día yo quise condenarte.
A ti, que fuiste sólo la luz para mi sueño.

A ti, que fuiste siempre la luz para mi vida,
la luz parada en medio de mi existencia vana.
La luz suave y callada, la luz dulce, esparcida,
valiente en la tristeza, luciente en la mañana...

A ti, blanca presencia del día silencioso,
escala de ternura, licor que yo he bebido.
A ti, prado o colina que esparce su reposo.
A ti, a quien tantas veces mi amor ha entristecido.

Decirte, suavizarte, hablarte del rocío,
hablarte de la noche que baja lenta a verte,
cual baja ya tu vida, más dulce al pecho mío,
que quiso un día amarte y vino a deshacerte...

LA NIÑA

Entras en la vejez, pero aún reposa
sobre ti la niñez que hubiste cuando
la tristeza era dulce, el tiempo blando
y la mañana lenta y perezosa.

Tu corazón sonríe, abre una rosa
de paz, que el aire va coloreando,
y bajo el pelo blanco está asomando
dulce una niña de clavel y rosa.

Dulce una niña de clavel y grana,
y contra el viento un ojo que confía
en la veracidad de tantas cosas.

¡Quién sabe la verdad, o quién podría
negarte, pasión pura, recia gana
de ser, en avenidas luminosas!

LA DUDA

Y Tú que vives, dime, dinos.
Tú que vives y vivirás.
Dime qué es esta arena pálida
que en el reloj de arena está
cayendo lenta y suavemente
en mi vida y en las demás.

¿He vivido? La niebla es alta.
¿Apariencia? ¿O era verdad?
Pero era dulce cuando niño
ver la luz en la inmensidad,
y si el viento rizaba el prado
era alegre verle pasar
con sus silbos de leve brío
y sus plumas de levedad.

Y ahora no sé que es este campo
que casi toco con mi afán.
Yo no sé si contemplo un río
o una calle de una ciudad;
no sé si pasan transeúntes
sobre el duro asfalto tenaz
y se escuchan unas pisadas
que de pronto no se oyen ya.

Yo nunca supe si vivía.
Si vivía Tú lo sabrás.
Pero de niño contemplaba
de pronto el cielo sobre el mar,
y se ensanchaba el pecho puro
viendo el viento con su ademán
de arrastrarnos a una alegría
que no era incierta ni fugaz...

TU Y YO

Tú y yo, los dos, bajo la luz del día.
Bajo la luz que dura en lo inocente,
oh, sí, los dos, bajo la luz riente
queremos ser. Queremos... Yo querría.

Contra la sombra o la melancolía,
contra las injusticias del presente,
quién te tuviera siempre, siempre. ¡Tente,
amor pequeño, campo de alegría!

Y aquí los dos mirándonos. Sin vernos.
Aquí los dos hablando. Sin oírnos.
Buscándonos a tientas. Sin tenernos.

Y el tiempo, ya empujándonos a un irnos
inacabable. No podemos sernos
jamás. ¡Entrando siempre en el morirnos!

MEDITACION DESDE LA NOCHE

1

Lo sé. Lo sé. No lo ignoro.
Sé abate bajo la tierra
lo que durante algún tiempo
fué caminando por ella.

Pero este molino que
sigue siempre en su molienda;
este giro de los astros
que una armonía completan;
este cielo que visible
nunca, azul, su faz nos niega,
nos dicen que también siempre
la vida sigue, y con ella
perduramos de algún modo
bajo la luna serena.

2

No basta, no basta, dices.
—No basta, dices. —Bajeza
de mi corazón será:
no me basta esa certeza.

Saber que mañana otro
como yo mirará esta
dulce flor con la mirada
misma que yo pongo en ella;
que otro corazón, más puro
que el mío, abrirá sus puertas
para que el amor en él
entre con más fresca fuerza,
no aplaca este anhelo oscuro
de vivir con mi impureza,
este empeño riguroso
de existencia.

Bajo el firmamento que
tiende, azul, su permanencia,
bajo la luna y los siglos
que yerguen todas sus crestas,
envejecemos horribles
entre la luz gigantesca
y amamos luz, lo que no
debe amar el alma nuestra.

3

No sé. No sé. No sabría
decir cuál la verdad sea.
Si esta sed inagotable
de vivir que nos aceza
o esta otra sed oscura
de descanso bajo tierra.

Porque también deseamos
descansar. Porque nos pesa
el vivir, como una mole
de piedra.

A veces, cuando la`noche
pesadamente se acerca
tras un día iluminado
por la luz única y bella,
cuando hemos luchado con
esa luz por poseerla,
y hemos visto nuestro cuerpo
inútil para esa guerra,

deseamos descansar,
poner, sí, nuestra cabeza
sobre la tierra, y quedarnos,
como el polvo, sobre ella.

4

Pero tal vez la verdad
sea mejor no conocerla.
Alzar siempre nuestros ojos
hacia la azul evidencia
y pensar que hemos vivido,
aunque esto cierto no sea.

Pensar que hemos trabajado,
amado y hecho un poema
como éste, a esta misma hora...
... Sobre esta página quieta
donde nada queda escrito,
donde nada escrito queda.

5

Porque aunque oigas resonantes
las campanas de tu pueblo,
aunque escuches las cigarras
del estío en juego ebrio,
no es campana, no es sonido,
no son élitros.

Cuando contemples los muros
de esta cárcel, tan concretos,
aunque adviertas junto a ti
otros y otros prisioneros;

cuando mires y contemples,
con angustia, fechas, cuerpos
que se derrumban, cáínes,
abeles, luz, luces, céfiros,
columnas y majestades,
noches, espacios, momentos,
sabe que no. Desconfía
de tu sueño.

Pasan gentes, miras campos,
surgen pueblos.
Se levantan y se abaten
como el polvo bajo el viento.
Tu mirada siga absorta
y tu empeño siga terco.
Inmóvil tú permanezcas
no creyéndolo.

LA VISITA AL CEMENTERIO

(Habla el muerto)

Y ya estamos aquí. Un muro vela,
alto frente a la noche que ha caído.
Las estrellas, más grandes que la vida,
que la orgullosa vida que *ellos* viven,
vela también. La noche se ha cerrado.

Ya estamos todos en yacija oscura,
pero nada sabemos, como entonces.
Alguien regresa a veces desde el pueblo
y un puñado de rosas deposita
sobre la tierra. Luego alguien sonríe
y dice: «—Era...». Y permanece
frente a la losa blanca, pulcra, un rato
aún. El padre, tembloroso
no dice nada. La pequeña gime,
mas no sabe por qué. Acaso porque
lo ha visto hacer así a su madre un día.

La vida sigue para ellos. Salen
despacio, por la puerta, en que se oxida
el hierro poco a poco. Cae la lluvia
imperceptible y moja delicada
la faz rosada de la niña, el pelo blanco
del padre, la tristeza por la ausente.

Salen y en el camino van hablando.
Con amargura el padre dice: «Así
era mi niña entonces.» Y la madre:
«¿Verdad?» Un viento que es ya frío
mueve las hojas otoñales, cruje
a veces una rama suavemente.
Suenan aún sus voces de la vida,
entristecidas hoy por un momento.
Pronto se apagarán las voces rumorosas
porque el pueblo está cerca. Leve, solo,
el viento, lejos, queda al fin dormido.

ESPAÑA EN EL SUEÑO

Desde aquí yo contemplo, tendido, sin memoria
el campo. Piedra y campo, y cielo, y lejanía.
Mis ojos miran montes donde sembró la historia
el dulce sueño amargo que sueñan todavía.

Pero el amor fundido en piedra, día a día;
pero el amor mezclado con monte, o con escoria,
es duradero y te amo, oh patria, oh serranía
crespa, que te levantas, bajo el cielo, ilusoria.

Campos que yo conozco, cielos donde he existido;
piedras donde he amasado mi corazón pequeño;
bosques donde he cantado: sueños que he padecido.

Os amo, os amo, campos, montañas, terco empeño
de mi vivir, sabiendo que es vano mi latido
de amor. Mas te amo, patria, vapor, fantasma, sueño.

DESDE LEJOS

Pasa la juventud, pasa la vida,
pasa el amor, la muerte también pasa,
el viento, la amargura que traspasa
la patria densa, inmóvil y dormida.

Dormida, en sueño para siempre, olvida.
Muertos y vivos en la misma masa
duermen común destino y dicha escasa.
Patria, profundidad, piedra perdida.

Piedra perdida, hundida, vivos, muertos.
España entera duerme ya su historia.
Los campos tristes y los cielos yertos.

Sobre el papel escrita está tu gloria :
querer edificar en los desiertos ;
aspirar a la luz más ilusoria.

REPOSA, ESPAÑA

Amor limado contra tanta losa
como contra una piedra una navaja.
Amor que día a día así trabaja.
Campo de soledad. Cielo de fosa.

Pretendemos hacer a España hermosa
cual trabajar en nuestra propia caja
de muerto. España, que en la luz se cuaja
como un sepulcro funeral. Reposa.

Reposa, España. Todos reposemos.
Oh blanca tumba entre la luz sumida.
Blanca luz de la muerte que bebemos

a diario. No de muerte, no de vida.
De amor de ti nos envenenaremos,
España del amor, patria extinguida.

LA TARDE

Sí, nuestro amor trabaja cual labriego
que arroja la semilla que no nace
y el tiempo pisa y bajo el pie se hace
podredumbre que el viento arrastra luego.

Podredumbre es mi amor. Podrido fuego.
Miro la tarde que en el aire yace
como a la muerte. Lejos se deshace
alguna sombra. Es el mayor sosiego.

Esta es la tierra en que nacimos. Esta
en la que viviremos. Triste espía
mi corazón a la dorada cresta

del monte aquél. ¡Ansiada lejanía!
¡Quién pudiera creerte, dulce puesta
de sol; soñarte sólo, cielo, día!

PUEBLO CASTELLANO

Castilla bajo el cielo
y nada más que así.
Campos tan amarillos
yo nunca los viví.

La iglesia siempre es grande,
el pueblo chiquitín;
los días son iguales,
y el aire sin confín.

En esta tierra pobre,
sufrida porque sí,
supieron vivir muchos;
otros también morir.

LA LLANURA

El aire es transparente.
Cielo grande y azul.
Oh luz que no merezco
y merecías tú.

Oh luz que no merezco
derramada doquier,
sobre la loma en cuesta
que contempla un ayer,

sobre los campos duros,
amarillos, sin fin,
tenaces en su día,
quedados en su ir.

Y yo que los contemplo
veo de pronto en la
llanura inmensa un lirio.
Noche y día fugaz.

RECUERDO DE INFANCIA

Algunas veces vuelvo la mirada
allá hacia el fondo de los años. Tersa
era la vida de la infancia. Pura
como los aires de la nochebuena.

Algunas veces vuelvo la mirada
y te contemplo, niña en Gordejuela,
poniendo dulce tu caricia leve
entre los rizos de mi cabellera.

Algunas veces vuelvo la mirada,
cansado ya de contemplarme en esta
pasión, hacia tus ojos, Sor María,
limpia de sueños, dulce de quimeras,
y pienso que si bien mi verdá es otra
más verdad es aquélla.

Algunas veces vuelvo la mirada
muy hacia atrás y te contemplo. Era
una mañana detenida. Estabas
dormida, suave, quieta...

EL APOSTOL

Hablaba mucho. Siempre había gente
con él. Acostumbraba a hablar de casas
en construcción, de campos y cosechas.
... En aquel día hablaba
de Dios. Le vi mirar hacia poniente.
Era una clara
tarde, y caía un sol muy dulce.
(¿Tras el ocaso alguien velaba?)
«No sé, tras el ocaso no sabría
deciros. Hay luz blanda
que nos impide ver. Tentamos piedras,
utensilios, cucharas,
granos de trigo, bueyes y otras cosas;
en fin, colores o montañas.
Mas sólo eso. Nos perdemos luego.
¿Tras el ocaso...?»

Y así hablaba
y la emoción le hacía temblar.

—«Decidme...»

Su palabra
cesó. Miraba hacia poniente.
Era una luz hostil, cerrada.

La luz inmóvil, infinita,
abrió de pronto, extensa, un ala.

A MI MISMO

Y tú envejeces presurosamente.
Miras la luz, aspiras un aroma,
y entre el horrible olor tu vida asoma.
crece, madura, es vieja de repente.

Frescas están las flores. Aún se siente
su olor. Son rosas, lirios de paloma.
Mas tu mano ya es garra. Agarra, toma
color de tabla necesariamente.

Necesaria verdad y necesaria
color del cielo en noche de verano,
y necesaria luna solitaria.

Necesaria mudez del aire arcano
y necesaria estirpe planetaria
que alienta, necesariamente, en vano.

EL AMANTE VIEJO

¡Amabas tanto...! Acaso
con amargura, acaso con tristeza
lo dijiste. ¡Amabas tanto! En el espejo
viste tu faz que se iba haciendo vieja,

y tornaste a decir: «... amor...» Soñabas,
y en la alta noche silenciosa y queda,
lejos se oía lento el rumor manso
de un agua que pasaba mansa y lenta...

BAJO TU SUFRIMIENTO

Detente en tu tristeza. Dime. Yo te tuviera
así. Callado al verte
pasar entristecida, ¡quién pudiera
soplar sobre tu rostro para así detenerte!

Soplar sobre tu cara dulce y entristecida,
soplar contra la noche tenaz que viene ahora,
soplar contra la muerte, también contra la vida,
si la vida no quiere darte su luz de aurora.

Tú que la aurora fuiste, tú que la luz más clara,
tú que en mi corazón buscaste hasta las heces
el licor que mi alma no supo darte, avara,
quizá no supo darte, tal vez no supo, a veces.

Y ahora entre la noche tenaz empiezo a verte,
el rostro tan querido surcado por la pena,
manchada por la pena el alma hasta la muerte,
hasta la muerte el alma manchada por la pena.

El alma que yo quise, el alma que yo quiero,
el alma que más dulce me es que la alegría.
La alegría no quiero, tan sólo a ti te quiero,
tan sólo a ti te quiero, sólo a ti, pena mía.

Sólo a ti, pena mía, sólo a ti por quien peno,
sólo a ti por quien algo mayor que yo daría.
Sólo a ti, dulce estancia que cada día estreno
sin pensar en la pena que apaga el alma mía.

Que apaga el alma mía que yo de luz pensara
para hacerte un rincón de luz entre mi vida
y para levantarte de entre la sombra y para
iluminar la cara que ahora está consumida.

Amor, amor, dejadme. Hacedme luz, Dios mío.
Dios mío, dadme fuerzas en la confusa hora.
(Quién sabe si hay la calma tras el viento sombrío.
Si bajo de la sombra está otra vez la aurora.)

LO QUE VENDRA

La noche me consuela.
El aire inmóvil es.
Todo la sombra cela,
alma que ahora no ves.

Tú ves lo que no sabes,
sabes lo que no ves.
Ojos que antaño suaves
graves fueron después.

Y sin embargo es larga
caricia tu alentar.
Cuando la vida amarga
junto a ti quiero estar.

Junto a ti, y aunque sea
más duro aún el vivir,
serena el alma lea
lo que haya de venir.

La noche me consuela
y el aire inmóvil es.
Todo callando vela
lo que vendrá después.

Lo que vendrá tan leve,
tan dulce y sin rumor
cual la caricia breve
de un beso de tu amor.

Y yo diré: «Amor mío...».
(Alta la noche en las
honduras del estío.)
Tú no responderás.

EN OTRO TIEMPO

Y así primero el corazón se iba
bañando en realidad.
Creía en la luz, en la luz viva.
Oh fuente de verdad.

Y debajo del aire aparecía
en toda su excelsitud
una forma que se recogía
en su propia virtud

de ser, entre las cosas, ella misma:
un soto, un árbol, un verde ser
que en sí se abisma
antes que empiece a anochecer.

Y la blanca escala bajaba
hasta mis ojos. Era
la realidad que se alumbraba
su primavera.

Y el corazón, sin sueño, iba
bañándose en la realidad.
... Como una abeja que muy dulce liba
su gota de paz.

III

CRISTO EN LA TARDE

«Yo soy la luz.» Miraba hacia la tarde.
Un polvo gris caía tenue, lento.
Era la vida un soplo, un dulce engaño;
sombra, suspiro, sueño.

Ya su figura por los olivares
se iba desvaneciendo
en soledad. Ni un pájaro existía.
... La tarde iba cediendo.

«Yo soy la luz». Silencio. «Soy... Oídme...»
Espacio. Olivo. Cielo.
«Yo soy la luz». Su voz era un susurro.
El aire, ceniciento.

«Yo soy... yo soy...» La sombra le envolvía.
Cayó la noche. Se escuchaba el viento.

CRISTO EN LA NOCHE

Acarició su oído un largo soplo.

«Es el Amor», murmura.

«Es luz divina que desciende dulce,
que en la...»

Confusa,

la noche puso sombra entre los aires.

Ya su figura

se desvanece. «Es el Amor»... Flotaba.

Buscaba. No hubo luna.

Era un ensueño entre la noche honda,
entre la noche turbia.

Pasaba el viento por el campo. —«Dime
que eres Amor... Escucha...»

SEÑOR

Perdón si dudo, Dios de mi esperanza.
Perdón si creo, Dios de sombra y duda.
Perdón por la tristeza que se anuda;
por la esperanza y la desesperanza.

Perdón por esta luz que ahora me alcanza
o la sombra en que pronto se me muda.
Perdón por esperar tu fuerza ruda,
pero, Señor de mi destino: avanza.

Avanza así, guerrero de mi vida.
Avanza fuerte. Yo te desafío.
Lucha conmigo hasta la amanecida.

O roza leve con tu viento frío,
Señor de sombra, luz desvanecida,
blanco fantasma, semejante mío.

NOCHE CERRADA

1

De la terrible noche oscura
sin un pequeño resplandor,
de nuestra íntima tortura
cuando se trueca en amargor;

de la tiniebla hasta la hartura,
de la angustia hasta la vejez
libérame, y de la espesura
del dolor en que trago la hez.

Señor, pequé. Señor, del pecado
he tocado el bajo fondo ya.
Lo he tocado, y ya me he abrasado.

Mi corazón quemado está.
Mi corazón que te ha buscado
donde tu huella nunca va.

2

Mi corazón buscó en la vida
lo que la vida no puede dar.
El hambre, pues, es merecida.
¡Come el hambre hasta devorar!

Come el hambre, y pues te convida
la vida con ese manjar,
sáciate al fin de hambre exprimida
en el más humano lagar.

De tu dolor come la sobra.
Come la sobra del dolor
que a otros hiciste. De tu obra

ese es el fruto, esa es la flor.
Come. La vida no te cobra
sino a mitad de su valor.

IV

DECIDME

DECIDME

Dime que es ciërto mi vivir. Decidme,
ayudadme a pasar por este río,
por este largo río. En esta niebla
helada, hundido, te pregunto
a Ti, Señor, pregunto si existimos.

Y si en la larga noche, donde nadie
se detiene, decidme, si en la larga
noche, existe alguien que respira
al otro lado, si del otro lado
alguien respira hondo, si respira
despacio, vida plena, a bocanadas.

Y yo que paso como cualquier otro,
aunque apenas me atrevo a pronunciarlo,
y yo que paso, yo que detenido
quisiera estar, decidme, yo que nada
sé, nada sé de todo esto, yo que toco un libro,
que escribo una palabra lentamente...

Y más allá hay la luna, las estrellas.
Como diamantes en la noche triste
nos acompañan; hay luceros grandes...
La vida es breve y grandes nos contemplan.
Nadie sabría. Todo lo ignoramos.
Nadie puede escuchar otra palabra
que la que nace viva allá en su pecho.

Quisiera pronunciarte lentamente,
creerte hondamente luminoso,
creer en Ti, detrás de la penumbra;
creer que estás oyendo mis palabras,
aplicando tu oído tercamente
y tercamente y delicadamente
ayudando hacia Ti mis pasos tristes.
Sin que nadie lo sepa, ni yo mismo,
que estabas Tú al fondo del pecado
manchándote por todos los sitios, escondido,
respirando despacio, pronunciando
mi nombre (¡yo que te negaba!),
¡mi nombre con amor entre tus labios!

Mi compañero fuiste, Tú silbabas
mi nombre apenas, leve en la penumbra.
en el fondo más negro, resoplado
acaso con fatiga...

Dime, dime...

NOCHE DEL SENTIDO

El olfato no huele, ojo no mira.
Ni gusta lengua ni conoce el seso.
Eso sabemos, corazón que aspira.
Tan sólo eso.

Quién pudiera cual tú mirar tan leve
esta colina que una paz ya toma;
mirar el campo con amor, con nieve;
poder llamarlo fresca luz, paloma.

Quién pudiera cual tú tocar tu mano,
saber que es mano y conocer tu sino,
saber tu hueso fatigado, humano,
pensar el viento que en la noche vino...

Saber qué es este ruido, esta nonada,
este grito que nace de un abismo,
de una tristeza tan desconsolada
como el amor que surge de ti mismo.

Saber la luz y conocerla hermosa,
mirar el cuerpo y conocer su brío,
mirar la noche que en la paz reposa,
fuente sellada al pensamiento mío...

Mirarte a ti, mirar a tu ternura
cuando contemplas mi dolor humano
y me suavizas en la noche pura
con la caricia de tu blanca mano...

Quién pudiera decirte amor, abrigo
de mi vivir, y en lenta letanía
llamarte luz, nombrarte viento amigo,
campo feliz y cielo de armonía.

MEDITACION PRIMAVERAL

La primavera. Fulge
la primavera en medio
del vivir estallante,
restallante...

Con miedo
miramos esta vida,
sin saber lo que haremos
mañana. Acaso surjan
otras tristezas, nuevos
dolores... Tal vez sea
el vivir sólo eso.

Y el alma se recoge
y escucha que allá adentro
de sí, pasa despacio
un río de silencio.

Un río de apagados
murmullos y de lento
fluir inacabable...
Y de pronto, a lo lejos,
se dibuja, se borra
la Luz que no veremos.

... Luz remota que un día
preguntaste inquiriendo,
y que al otro, cansado,
quedó fija en tu sueño.

Duerme sin fin, descansa.
Duerme y sueña con esto.

AMADA LEJANA

(JUEGO DE NAIPES)

Hablas con alguien. Dulce suena un río.
Por la cañada en sombra el aire pasa.
Mírame claro mientras te sonrío,
alma de amor, más roja que la brasa.

Hablas con alguien. Mueves ya tu mano.
El aire mueves: la distancia queda.
No puedes verme. Sólo el aire vano,
el aire gris, la noche gris y queda...

Y mientras tanto hablas, loas, dices.
Oigo que dices: «Está bien, juguemos.»
«Juguemos fuerte en esta puesta», dices.
(Piensas en otra donde intervendremos.)

Vuelves a hablar, y dices... (Vuelves, giras.
En tu pupila tiembla una figura
pura, leve, pequeña. Cuando miras,
mira también, pequeña, leve, pura.)

AL VIENTO

¿Eres el aire en inmensa corona?
¿Eres el viento que vuela y embiste
y que circunda con luz de persona
y, espíritu, insiste?

Eres el viento que arrolla y que mueve
con poderío arcangélico el nudo
de arrebatada delicia, y conmueve
un alma, a quien pudo.

Somos tus hijos, oh padre imposible,
las criaturas del céfiro alado,
del huracán que llamamos terrible,
y fué delicado.

Nosotros... No pases, oh raudo, oh contento.
Nosotros, nosotros... El aire fué un día.
El aire imposible que sólo un momento
nos dió la alegría.

LAS MANOS

Porque afanarnos tras lo que queremos
abanicarse fuese en brisa breve
un momento, o escribir sobre la nieve
el nombre nuestro tras quien nos ponemos

como el fantasma tras el lienzo leve.
Tras nuestros nombres empalidecemos.
Una sábana alzamos, sostenemos
con estas manos de fingida nieve.

Con estas manos que yo llamo mías
y que tú ves calientes y reales
acariciarte para que sonrías.

Que tú ves duras como minerales;
quietas y condensadas energías
hondas. Pesadas manos inmortales.

PRESUNTA VIDA

No sé. No sé. Apenas lo comprendo.
Escrito quede en el papel mi duda.
Nunca supe qué es esto, en qué se escuda
este vivir por el que me voy yendo;

qué es esta luz, qué es este duro estruendo
de mi vivir que en tanto escribo muda,
y ante cada palabra es otra. Ruda
pasión. Pasión que va alentando, oliendo.

Que va necesitando y que olfatea,
como la bestia el hueso, el ser que quiere
ser, y no sabe bien lo que desea.

Pero olfatea, busca, sigue, inquiere,
duda, y vuelve otra vez a su presea
querida, y sigue, husmea, y al fin muere.

REGRESO

Lejos de ti he tenido una muerte crecida.
Lejos de ti he sorbido la angustia hasta las heces.
Cecilia, recordándote se avergonzó mi vida.
No te di la alegría ni el amor que mereces.

En la ola terrible subí, en la ciega pena
hasta los cielos blancos donde el odio no existe,
y vi el mundo sumido dentro de la condena
que para mí, Cecilia clara, nunca quisiste.

Y de nuevo a tu lado quisiera cuando callas
beber en el silencio la gota de dulzura
que en la boca tendré aún cuando te vayas,
si es que te vas, pequeño grano de mi ventura.

Decírtelo tan suave cual agua en el venero,
a ti, nocturno leve que a mi alma se acostumbra,
a ti, botón de lumbre, aire fino de enero,
puerta abierta al silencio, rosa de la penumbra...

A ti. Tener tu amor guardado cual se guarda
el tesoro pequeño de amor que yo amaría,
aunque la muerte llegue y aunque la vida arda,
y aunque en el corazón no quepa la alegría.

Amor, ¡qué nos importa, si tanto has existido!
No pudiera decir todo lo que me valgas.
Y mi vida te tiende su espacio agradecido
para que en ella entres, para que en ella salgas.

A L O N D R A

Tal como el humo y tal como la niebla,
dije. Tal como el humo que así flota
sólo un momento. Como la tiniebla
de pronto rota.

Te dije así. De pronto ahora me asomo
a tu existencia que yo dije vana.
Yo te llamé segura y eras como
dulce fontana.

Yo te llamaba oscura noche mía,
callada sombra que sin caz resbala.
Y eras el alba en que se deshacía
la noche mala.

Yo te llamé nostalgia del verano,
nostalgia de aquel sol de primavera.
Y luego yo miré tu cuerpo: hermano
de la luz era.

Dame la luz y dame la esperanza
tú que la tienes como un alba pura.
Contra la noche y el no ser, avanza
por mi negrura.

Y creeré que el sol es fuerte y canta
como la alondra clara y mañanera.
Sin ti, mi alondra, sé que se levanta
la noche fuera.

Alondra pura de mi cielo claro,
alondra clara que en mi alma es día,
No te me mueras nunca. Soy avaro
de tu alegría.

PLEGARIA A DIOS POR LA REALIDAD

Dame el amanecer con su corola,
la fresca tierra con sus frescos ríos
y la montaña con su larga cola
de desafíos.

Dame la piedra y su contorno duro.
Dame la libertad con su albedrío.
El fondo inmenso y el fragor maduro
del mar bravío.

Dame los cielos con su nombre hermoso.
Dame su anchura donde yo te sienta,
donde estar vivo puede ser reposo
que no se aumenta.

Dámela Tú. ¡Que pueda yo tocarte,
meter mi mano en los espesos cielos,
y tropezarte vivo y arrancarte
vivo y sin velos!

LA PUERTA

(PLÁZA MAYOR DE MADRID)

Sobre la calle estamos
aún. Después acaso
subimos una escalera de piedra, gástada
por otros pasos tercos, confiados,
allá en el fondo oscuro de un pasado remoto. Y tocamos,
tocamos con ansiedad, con disimulada agonía,
esta gruesa puerta de madera pesada,
que dura, que ha durado, que ha contemplado con impasibili-
lidad y silencio
desde su abrupta altivez o insensibilidad de materia,
unas manos tras otras golpear en el pesadísimo picaporte de
hierro.

Se ha dejado gastar muy levemente
por el roce presuroso de unos dedos. Ha visto
envejecer el rostro humano muy poco a poco,
tan poco a poco que nadie fijaba su atención distraída
en el menudo pormenor de una arruga incipiente.

Esta puerta está aquí como entonces.

Se ha acallado el tráfico.

Los caballeros han desaparecido de la plaza frontera.

Los caballos

no están.

Las divisas de los jinetes en la tarde de toros,

la altiva majestad de algún rey contemplando
la plaza, el señorío opaco de un atuendo,
la indiferencia de una mirada distraída,
las lentas horas que un reloj anuncia,
las nubes lentas, pausadas, que a ratos cubren el azul...

No sé,
no sabría decir cuáles son esos otros,
ese público denso que algo mira,
algo que les absorbe en la tarde de estío
un momento.

¡Qué silencio se ha hecho de pronto!

¡Qué quietud tan extraña en la fiesta!

Desierta ha quedado la plaza.

Ya todo, como un vapor, se ha extinguido.

Un reloj da las horas

despacio. Mi corazón de pronto da las horas.

Y yo delante de esta puerta,

de esta pesada puerta,

pregunto.

Sin intención de ofenderte, Señor, sin pretender injuriarte
pregunto. Yo quisiera inquirir, yo desearía indagar el hecho

mismo que ahora contemplo,
el hecho mínimo de esta puerta que existe,
con su cerradura de hierro.

Esta implacable puerta que la carcoma ha respetado.

Y aquí está segura, cerradísima,

implacable en su sin soñar

su materia sobrevivida, su materia resuelta a vivir.

Y he aquí la humana tristeza de unos ojos que miran,

que no saben, que inquietan, que examinan con lentitud cada
porción de materia,

preguntándose cómo ha sido posible,

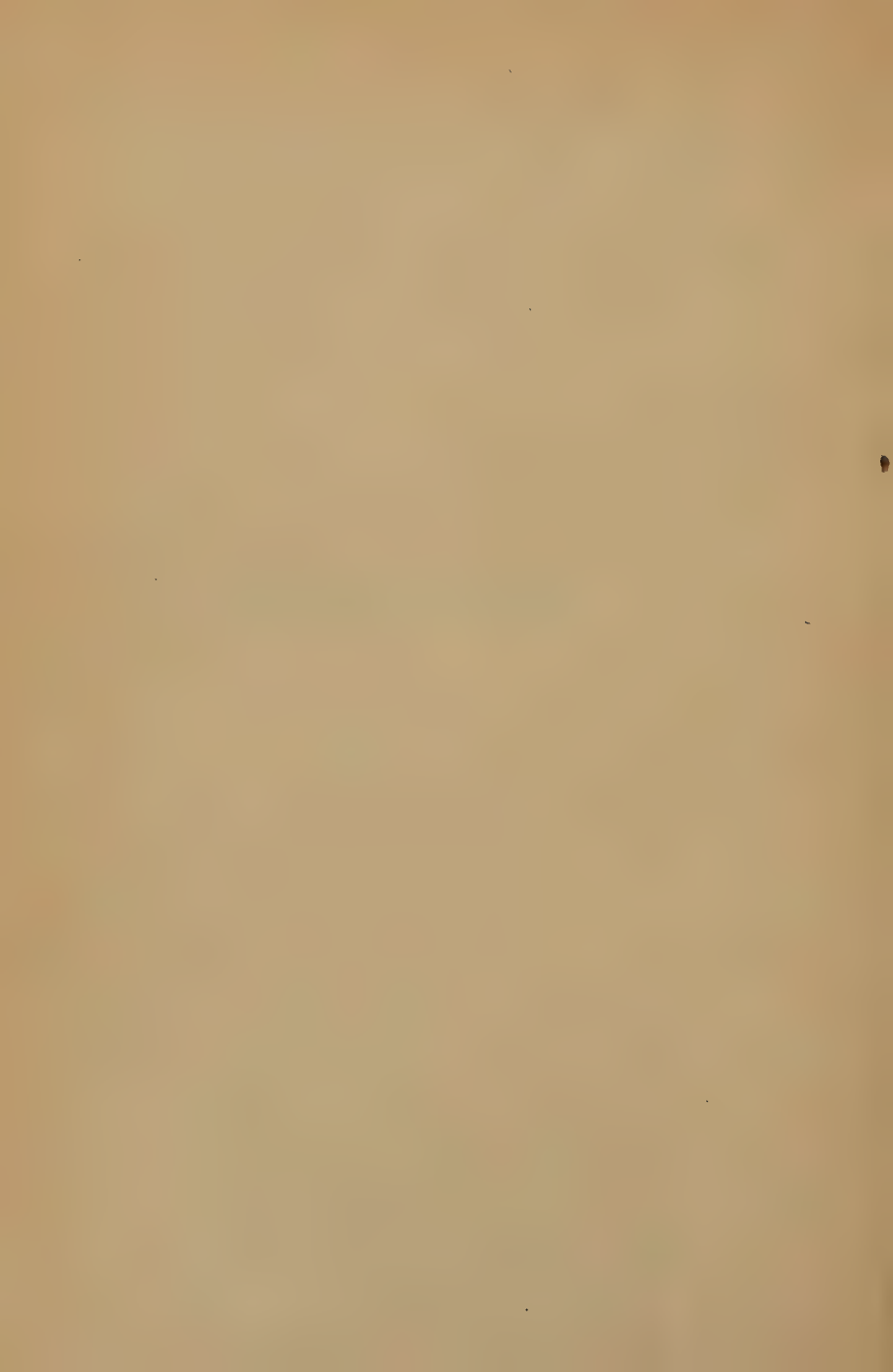
cómo ha llegado hasta nosotros cierta,

cómo ha llegado sin detrimento, con integridad, sin falacia,
esta puerta que miro y señalo,

esta puerta cerrada que yo quisiera ver entre la noche abrirse,
girar despacio,
abrirse en medio del silencio,
abrirse sigilosa y finísima,
en medio del silencio, abrirse pura.

INVASION DE LA REALIDAD

...sino esencia real. que al tacto obliga.



INVASION DE LA REALIDAD

I

Y aquí estás verdadero.
Oh, déjame tocarte.
Tu piel en donde pones
un límite a los aires.

Tu don de serte vivo,
tu realidad, me baste.
Dejadme que compruebe
su ser. ¡Oh, sí, dejadme!

II

Dejadme. Yo no quiero
las nieblas pertinaces.
Tras el humo dibuja
su vago ser un valle.

Allá tras la cortina
incierta, hay verdes sauces,
un prado con sus flores
diminutas y suaves.

En la noche terrible
yo soñaba una imagen.
Héla aquí. Son colores:
blancos, verdes, granates.

I I I

Dejadme con las cosas
también. Son realidades
súbitas que se crean
duras a cada instante.

Emergen con firmeza
cruel. Se satisfacen
con su presencia misma.
Dicen: «¡Toma, regálate!».

I V

Regálate. Contempla
la piedra, el cielo, el aire.
Respira entre las luces.
Desciende hasta los cauces.

Toca la piedra. Mira.
Huele la rosa. Sáciate.
Gusta, mira, comprueba,
duele, solloza: sabe.

Ensánchate en el alba.
Al mediodía, ensánchate.
Sube a la tarde y mira
todo en ella ensanchándose.

V

Hermoso es el paisaje
final. Y todo arde
en el espacio abierto
sin fin. La piedra arde
con suavidad tranquila,
ensimismada. Nacen
ardiendo delicadas
las nubes. Arden casi
las aguas de los ríos
serenos, reflejantes
de un cielo azul, abierto
sobre los hombres. Árboles,
vegetación copiosa,
praderas anchas, grandes,
angustas;
ondulantes
montañas y llanuras
serenas. Todo arde.

VI

Todo lo miras tú.
Majestuosa imagen
reflejan tus pupilas
que miran serenándose.

Allá en el horizonte
incierto sombra cae
imperceptiblemente.
Miras. El aire suave
te enciende de amor. Tomas
la luz en tu ropaje
vaporosa. Te crece
la realidad. Y ardes.

V I I

Cantas con un gemido
final. Cantas el cáliz
de la luz, cielo abierto,
las planicies, los aires
pálidos, las colinas
largas hacia la tarde.

Miras así. Coronas
tu vida. Dices: arces,
piedras, caminos, lomas.
montes donde el sol nace,
agua que allí relumbra,
ceniza ya insinuándose,
plenitud donde calmo
mi sed de ser: ¡Salvadme!

V I I I

¡Salvadme, suaves vientos,
salvadme, frescos valles,
raíces de la vida,
luz que a diario renaces,
manantiales del mundo,
fuentes del mundo errantes...!
Llevadme en vuestras aguas.
¡Renacedme! ¡Llevadme!

LA LABOR DEL POETA

Tú, poeta, corazón solitario,
supiste del amor porque eres hombre.
Amaste la verdad de la llanura,
y tus ojos antiguos percibieron
en el hondo horizonte la callada
incógnita.

Nunca pude decirte qué milagro
arde en tus ojos de planeta ciego,
qué costado de luz hay en tu vida
cuando tú miras temblorosamente
caer la noche en la extensión vacía.

Porque yo sé muy bien qué nos ocultas.
En tu rincón de sombra hay un vilano
de luz, hay un punto de cálida corola
y tú la miras largamente mientras
la noche cae muy honda. Todo duerme.
todo calla en la noche. Mas palpita
la luz pequeña en el rincón sombrío
su celeste inocencia, su purísima
realidad.

Están ocultas todas las estrellas.
todo se entenebrece sobre el mundo.
No hay consuelo que pueda aligerarnos
el corazón. De pronto has levantado
tus manos rudas hacia el firmamento.

Necesitado has toda tu vida
acumulada para hacerlo. Eran
muy pesadas tus manos,
como de piedra o de metal muy duro.
Has elevado con dolor tus puños
entre la noche. Se entreabrían lentos
con esfuerzò de siglos, de raíces
que avanzan. Como debajo de la tierra abrías
tus manos
entre la densidad de la materia
sombria. Y allá lejos,
en el fúnebre espacio, entre la espesa
sombra,
pudiste abrir al fin sangriento el puño
y exhalar para todos los humanos
fraternos, que tú amabas,
la leve luz que acompañó tu vida.

Héla brillando para todos leve,
para todos celeste y diminuta; héla brillando
no sé si como ún agua de frescura,
mas sé que da frescura:
no sé si como un río o una gota
de un río transparente.
Un agua que ha corrido muy despacio,
que ha resbalado lenta por tu vida,
que ha emanado de vida temblorosa,
desde raíces viejas, desde rotas
cavernas soterradas.
Desde un amor de rocas soterradas.
Un amor por el mundo, por el mundo
de angustiadas sazones, de roídas
esperanzas, de ciegos exterminios:
un mundo pobre de lamida pena,
de triste horror, de ocaso envejecido...

A UN OLIVO MILENARIO

Dime

la fuente de tu amor, la verde savia
primaveral que acierta a prolongarte.
Dime la plenitud de tu memoria
recóndita. El oscuro manantío
de tu saber. Estamos congregados
frente a tu perennal oscura sombra
y anhelantes palpamos tu corteza
material, tu renunciar secreto
a la movilidad, que te liberta
de nuestra desazón. Velado en grises,
severo en continencia te revelas,
mientras pasan los tiempos y las voces
girando en torno a ti. Tú permaneces.

En el ciclón oscuro de las horas
van campanadas y rumores quedos,
un susurro de fiesta en la campiña
y el cantar de un pastor. Van los que dicen
su amor a abril en la mañana joven.

Aún los veo extinguiéndose y mirando
con los ojos atónitos el brillo
del sol sobre el arbusto verdeante.
Es un polvo grisáceo el que gira
depositando acaso entre tus ramas
una mota sutil que tal vez fuese
rubio cabello, amor para una mano
que aún insinúa un gesto de caricia.

Tú contemplas la luz, el cielo hermoso,
la altiva majestad de las estrellas,
o más allá de la tenaz porfía
de la noche del hombre, acaso miras
brillar algún lucero solitario.

A PESAR DE TODO

I

EL VIVIR DE LA AMADA

Yo sé que de tu pecho los latidos
están contados. Corazón, haz lento
tu misericordioso movimiento
y leves tus quejidos doloridos

por ese cuerpo, donde mis sentidos
ponen todo su amor, donde me siento
morir a cada golpe ceniciente
de tus redobles graves y oprimidos.

Y tú, ventana de mi amor, aldea
mía de paz, caricia que sesteas,
umbral del mundo, amor de cada día.

Dame tu fe, tu claridad, mi estrella,
dime que existe lo que yo sabía
cuando era niño en la ciudad aquella...

DIME QUE ERA VERDAD

Dime que era verdad aquel sendero
que se perdía entre la paz de un prado;
aquel otero puro que he mirado
yo tantas veces con candor primero.

Dime que era verdad aquel lucero
que se encendía casi a nuestro lado.
Di que es verdad que vale un mundo amado
v un cuerpo roto en un vivir sincero.

Di que es verdad que vale haber sufrido
y haber estado entre la mar sombría;
que vale haber luchado, haber perdido.

Haber vencido a la melancolía,
haber estado en el dolor, dormido,
sin despertar, cuando llegaba el día.

VALE LA PENA

Vale la pena, vale la condena
contemplar en la tarde que se inclina
a poniente la paz de esta colina,
dulce en la hora de la luz serena.

Vale la pena contemplar tu pena,
aunque me duele como aguda espina,
vale la pena noche que avecina
su rostro duro y su tenaz cadena.

Vale la pena el alentar, la vida,
vale la pena el río con tu llanto,
vale la pena la amistad mentida,

la luz mentida, el verdadero espanto,
la noche negra de la atroz partida,
y tu amargura que me importa tanto...

Y tu amargura que me importa tanto
vale la pena. Vale el mundo todo:
vale la piedra oscura, el sucio lodo,
y la impureza con su turbio manto.

Aquí estamos los dos. Vale el quebranto
en el que tantas veces yo me acodo;
vale la pena el ir codo con codo
en el huir de un carcelero espanto.

Vale la pena negra desbandada
por la llanura que no tiene ocaso.
Vale la pena, vale la jornada.

Vale la pena ese final, acaso,
de una noche infinita, abandonada,
en el hondón de un sideral fracaso.

LAS CRIATURAS

Vosotras, cosas, duras y reales,
escándalo en la luz y permanencia
sutil. Profunda es vuestra ciencia
de estancia lenta en frescos manantiales.

Porque brotáis de chorros virginales
y la honda vida recibís de herencia.
¡Manad, manad, callados inmortales,
manad y dadme ser, amor, presencia!

Manad, callada piedra, azul montaña,
súbita cresta del amor, hondura
de luz enorme. Dadme ser, entraña

donde pueda beber la honda bravura :
realidad que subleva su maraña
total, contra la enorme noche oscura.

EL BARCO

Pero tú, España mía, eres de rosa
y yo te amo. Eres de violeta
y te quiero. Tú, España, eres de cosa
rota, en el aire de una vida quieta.

Cómo no amarte. Cómo no quererte.
La noche inerte baja hasta tu parte.
No sé dónde estaré. Vendría a verte.
Eres de rosa, de tristeza. A amarte.

Yo no sé, España, cuáles son tus días,
cuáles tus signos, cuáles tus regalos.
Eran horribles olas tan bravías.

Tú navegabas por los mares malos.
Te destrozabas y te enaltecías,
barco de amor, rotos de amor los palos.

A UNA MONTAÑA

Repite tu canción, dime tu nombre.
En el silencio de la noche, dime
por qué se ensancha el corazón del hombre
cuando tu piedra oprime.

Déjanos apresar el bien supremo
que en tus pupilas arde.
Altiva majestad y oscuro remo,
pasa lenta tu tarde.

Por el mar de la muerte, en la llanura
infinita y cansada,
bogas inmóvilmente con tu dura
claridad retirada.

Como la mariposa que las flores
liba un instante breve,
así los hombres miran tus colores
al caer de la nieve.

Al caer de la nieve silenciosa,
sepulcral, sin pupila,
al caer de la nieve, azul y rosa,
tu tarde está tranquila.

Al caer de la nieve, de las horas
aladas y cautivas;
al caer de la luz y las auroras
en noches pensativas.

Tu tarde está tranquila, el mar abierto;
y tus ojos de diosa
miran lejos el mundo. Es un desierto
que infinito reposa.

FUERZA PRIMAVERAL

Mas sé muy bien que has de morirte : espera.
Que en algún bosque crece ya tu caja
dentro de un roble, dulce en primavera,
como tu carne que ahora me agasaja.

Crece tu caja y toda su madera,
crece también entera su cerraja,
invade el árbol, crece lisonjera.
Florida entera y con amor tu caja.

Florida entera y con amor, la vida.
Florida entera la pradera leve.
Con flor la estancia, la pasión florida,

florida la verdad y en flor la sebe.
Florido el cielo que a su luz convida.
Florido el árbol de tu vida breve.

EL CONJURO

Eres la realidad, la rebeldía
contra las sombras. Eres el portento,
oh monte azul para mis ojos; viento
que pasas lento por el alba fría;

blanda luz de la tarde o melodía
que enciendes en el aire ceniciento
tu rosa clara, tu fragante aliento
de rosa o de clavel que se esparcía.

Quién pudiera aspirar vuestro conjuro
y renacer olor de la mañana,
frescor de la mañana, tras lo oscuro.

Oh luz hermosa, luz siempre lozana.
¡Quién pudiera volver a nacer puro
y crecer puro entre la vida humana!

YO SE LO QUE ES VIVIR

Miserable verdad que te pareces
tanto a la noche. Tú, mi bien perdido,
tarde alcanzado, tarde apetecido,
tarde bebido hasta las turbias heces.

Yo sé lo que es vivir. Oh, cuántas veces
mi corazón manchado, ennegrecido.
Y amé la mancha y conocí el gemido,
llanto perdido en mar de turbios peces.

Yo sé lo que es vivir. Por eso digo
una salutación tan mañanera
a las pocas verdades que consigo,

a la luz tan escasa que tuviera,
y a los errores que viví contigo
hermosamente, aunque la noche fuera.

MUJER AJENA

Profeso una verdad no seductora.
Era la noche entera entre tus brazos.
Yo te tenía y sostenía. Abrazos
nos daba el sufrimiento a cada hora.

Viví contigo una verdad. No llora
quien tiene que vivir tan duros lazos.
Era vivir, abrirse paso a hachazos
por una selva de impasible flora.

Con brazos rotos y partido pecho,
abrirse paso a hachazos. Consumida
así tu vida, amor de mi derecho.

Abrirse paso y ver ya sucumbida
toda esperanza en el sendero estrecho;
cerrado trecho a la cerrada vida.

ENTRAD

He aquí los campos de la patria hermosa
de la mirada, vida que se apresa
en piedra, en monte, en valle, en luna, en esa
colina que descende perezosa:

Dadme la libertad, corriente undosa,
fuentes del mundo, vida que no cesa.
Con su tiniebla o su dulzura presa,
¡entrad, poniente oscuro, tarde rosa!

Entrad, entrad, el alma se despierta.
Quiere la vida con su noche cierta,
su amenaza terrible y cierta: ¡entrad!

¡Entrad, entrad, amores, desengaños,
luna, penumbra, días, meses, años,
pavor oscuro y negra soledad!

AL FIRMAMENTO HUMANO

Aquí estáis en cadencias inmortales,
estrellas del abismo. Poderosas
del cielo oscuro, lentas u onerosas,
más allá de las dichas y los males.

Aquí estáis, pesadumbres celestiales,
ajenas a las ruinas de mis cosas;
dulces, oscuras, tristes, misteriosas,
grandiosas de las noches estivales.

Estáis eternas, pulcras, regaladas,
Yo, humano con mis cosas, os diviso.
Fugaz el viento pasa en oleadas.

Permanecéis en el celeste friso.
Se oye la noche. Crujen enramadas.
Quietas estáis en el confín sumiso.

MI VERDAD

He aquí la luz. Héla ya descompuesta
en cosas, sin cesar.
Oleaje sin fin, cambiante fiesta.
Infinito es el mar.

Infinita es la luz como lo oscuro.
Infinito el terror.
Infinita es la muerte, y lo más duro
de todo es el amor.

Dolor, amor, fragor. La noche llega,
el sufrimiento fué.
La vida toda es lo que aquí se juega
y el hombre puesto en pie.

Rueda la rueda y siga la fortuna.
Siga dolor, placer.
Y el hambre de vivir que sólo es una
sepa resplándecer.

Mesa, colina, silla, viento, bruma,
rocío, viento, mar.
La vida se hace niebla, el aire suma
de todo el respirar.

Inmenso respirar que el aire llena.
Plena respiración.
Enorme anhelo que en la noche suena
sin tregua y sin razón.

Suena en la noche como un solo anhelo.
Resuello: humanidad.
He aquí la fuerza que aspiró a ser cielo
y sólo es realidad.

Terrible mundo. Respirado mundo.
Tú, mi sola verdad.
Mi sola fe, mi solo amor profundo;
mi sola claridad;

INDICE

	<i>Págs.</i>
Encuentro de Vicente Aleixandre	9
Introducción del autor	15

SUBIDA AL AMOR

Subida al Amor	35
-----------------------	----

I.

SALMOS SOMBRÍOS

Salmo Sombrio	39
Arráncame la luz	40
Miedo de Dios	41
Salmo Desesperado	42
La tristeza	43
El señor en la noche	44
El muerto	45
Salmo violento	46
Elegía de la luz del alma	47
Noche de Dios	48

II.

Dios sobre España	51
El viento	53
Las almas	54
Sangre de Dios	56
Muchacho en la tarde	57
Dios y la tierra	58
Dios y el niño	60
La España sosegada	61
Ola celeste	63
Recuerdo de Infancia	64
Oda a España	66

III.

CÁNTICO NUEVO

Cristo adolescente	71
Cristo en los campos	72
Cristo en el huerto de los olivos	74
Hacia el Calvario	75
La tarde de la ascensión del Señor	77

IV.

SALMOS PUROS

Tormenta de Dios	81
Alma dormida	83
Salmo triste	84
El Dios nocturno	86
Canción hacia la luz	87
Buscando luz	88
Impulso	89
Canción ebria	90
Dios en la tarde	92
Eternidad	94
Salmo del Solitario	95
La luz de Dios	96

PRIMAVERA DE LA MUERTE

I.

ELEGÍAS DESESPERANZADAS

I. Tres poemas sobre la muerte

1	105
2	106
3	107
II	108
III	110
IV	111
V	112
VI	113
VII	114
VIII	115
IX	116
X	117
XI	118
XII	119
XIII	120
XIV	121

XV	122
XVI (Epitafio)	124
XVII	125
XVIII	126
XIX	127
XX	128
XXI	129
XXII	130

II.

ODAS CELESTES

I	133
II	134
III	135
IV	136
V (El bosque)	137
VI	138
VII	139

III.

ODAS ELEGÍACAS

El soplo del otoño	143
El adolescente	144
Adolescente en el olivar	146
Sinfonía de la muerte	148
Lamentación	150
Primavera de la muerte	151
Melodía sin esperanza	153
Oda primaveral	157
Primavera sin tiempo	159

VARIOS POEMAS

Al día	163
Los montes	164
En la luz del estío	165
Nadadores saltando al mar	166
Himno con esperanza	167
Ante Jerusalén	168
Los discípulos	169
De camino	170
Su corazón	171
Palabras de Cristo en el momento de la Ascensión	172
Cristo en el sueño	173

	<i>Págs.</i>
Un romántico	175
Mientras	176
El amante	177
Desde la soledad	178
España en luz	179

NOCHE DEL SENTIDO

I.

PALABRAS EN LA NOCHE

En un día sin nubes	189
Oración desde aquí	191
Amada, sostenme tú	193
Introducción a la noche	194
Letanía del ciego	193
El ciclón	198
La confianza	200
Palabras en la noche	201
La niña	202
La duda	203
Tú y yo	205
Meditación desde la noche	206
La visita del cementerio	210

II.

España en el sueño	215
Desde lejos	216
Reposa España	217
La tarde	218
Pueblo castellano	219
La llanura	220
Recuerdo de infancia	221
El apóstol	222
A mí mismo	223
El amante viejo	224
Bajo tu sufrimiento	225
Lo que vendrá	227
En otro tiempo	229

III.

Cristo en la tarde	233
Cristo en la noche	234
Señor	235
Noche cerrada (III)	236

IV.

DECIDME

Decidme	241
Noche del sentido	243
Meditación primaveral	245
Amada lejana	247
Al viento	248
Las manos	249
Presunta vida	250
Regreso	251
Alondra	253
Plegaria a Dios por la realidad	255
La puerta	256

INVASION DE LA REALIDAD

Invasión de la realidad	263
La labor del poeta	267
A un olivo milenario	269
A pesar de todo.—1. El vivir de la amada	271
2. Dime que era verdad	272
3. Vale la pena	273
4.	274
Las criaturas	275
El barco	276
A una montaña	277
Fuerza primaveral	279
El conjuro	280
Yo sé lo que es vivir	281
Mujer ajena	282
Entrad	283
Al firmamento humano	284
Mi verdad	285

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN MARIBEL,
ARTES GRÁFICAS. CALLE
DE TOMÁS BRETÓN, 51,
MADRID, EL DÍA 5 DE DI-
CIEMBRE DE 1960, AL CUI-
DADO DE ANTONIO CUBER-
TORET

861.591 8777 1960



a39001 008105416b



Ediciones Giner